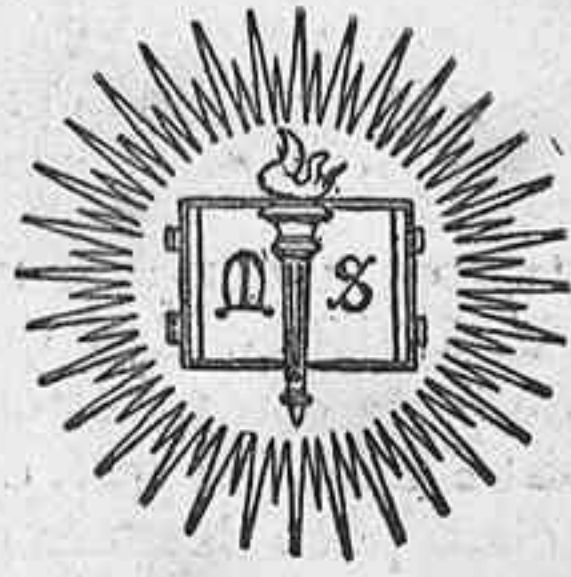


Ilustración

Artística



AÑO XXIX

← BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1910 →

Núm. 1.505

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



FE-ESPERANZA, grupo en yeso de Manuel Castaños, premiado con primera medalla

(De fotografía de Mateu.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Madrid. Exposición Nacional de Bellas Artes.* — *SS. MM. los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria en Valencia.* — *Retrato del Excmo. Sr. D. Amalio Jimeno.* — *El castillo de Wood-Norton.* — *El príncipe Francisco de Teck.* — *Bajorrelieve á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria.* — *Espectáculos.* — *Solución al problema de ajedrez número 555.* — *La madre patria* (novela ilustrada; continuación). — *El ministro de la Gobernación en Barcelona.* — *Sanatorio para tuberculosos.* — *Premios á las madres pobres.*

Grabados.—*Fe- Esperanza*, grupo en yeso de Manuel Castañes. — *Retrato de la señora de B.*, pintado por José Ramón Zaragoza. — *Madrid. Exposición Nacional de Bellas Artes* (cuatro láminas). — *SS. MM. los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria en Valencia* (trece fotograbados). — *Retrato del Excmo. Sr. D. Amalio Jimeno*, pintado por D. José María Marqués. — *El castillo de Wood-Norton, residencia del duque de Orleans.* — *El príncipe Francisco de Teck, hermano de la reina de Inglaterra.* — *La apoteosis de la emperatriz Isabel de Austria*, bajorrelieve en mármol. — *La conmemoración de los difuntos en las comarcas italianas alpinas*, dibujo de C. Pellegrini. — *Barcelona. Llegada del ministro de la Gobernación.* — *Sesión de clausura del Congreso de la Tuberculosis.* — *El sanatorio de Santa María de Olost de Llusans para tuberculosos.* — *Grupo de enfermos; médicos y periodistas que visitaron el sanatorio el 24 del actual.* — *Distribución de premios á madres de niños de pecho pobres.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tal vez sería curioso, para el estudio de la vida literaria española, fijarse en un detalle nimio, al parecer, pero que, bien mirado, envuelve revelaciones. Me refiero á las dedicatorias de los libros que es costumbre enviar á los amigos, ó á las personas á quienes se supone que ha de interesar, por cualquier concepto, su publicación.

Al decir «vida literaria española» entiendo comprendida en ella la hispanoamericana, por la poderosa razón del habla única.

Yo recibo, por término medio, al día, dos libros, con dedicatoria. Claro es que hay días en que no recibo ninguno; en cambio, otros aparecen tres, cuatro, media docena. Algunos son folletos; sin embargo, he observado que los folletos, escasos en volumen, no son parcos en dedicatorias enfáticas y extensas.

Las grandes dedicatorias de los pequeños folletos son un estorbo para la encuadernación, porque ocupan todo el margen y no hay medio de que no las afeite la cuchilla. Verdad que no todos los folletos merecen los honores de la *reliure*. Y, en general, yo profeso antipatía á los folletos. Me he dado palabra á mí misma de no imprimir, ya nunca, lo que no alcance á trescientas páginas. Porque un folleto es una especie de duende bibliográfico, que aparece y desaparece, y cuando se busca jamás se encuentra. Hasta tres veces compré un curioso folleto de D. Francisco Silvela, titulado *La filocalia*, por creer que se me había perdido. Y apenas adquiría el ejemplar nuevo se me presentaba el antiguo ante los ojos. Por fin lo encuaderné, con otros varios, lo más análogos posible, no mucho, pues es condición de los folletos no casar, y si casan en materia, divorcian en tamaño y forma. Debía promulgarse una ley para que los folletos fuesen de una medida común. No queda ni el recurso de encuadernarlos solitos, porque resultan una especie de hostias ú obleas, sin lomo para rotular, extremadamente fastidiosas.

* *

Viniendo á las dedicatorias, insisto en que, como todo lo humano, son dignas de que fijemos en ellas una ojeada escudriñadora.

Delatan elocuentemente las dedicatorias el estado de ánimo del que las escribe; y no sólo su estado de ánimo, sino su educación social, su buen gusto, su modestia ó vanidad, y tantos matices de su carácter y estructura interna, que, sin necesidad de acudir á la grafología, al conocimiento que se pretende adquirir del alma por el análisis de la letra, pueden ser un precioso auxiliar para todo género de inducciones.

Generalmente, las dedicatorias encierran un elogio á la persona á quien van dirigidas. No diré yo que este elogio sea siempre insincero. En ocasiones brota de la raíz de la admiración. En los comienzos de la vida literaria, hasta con emoción viva y tierna se escriben las dedicatorias. Con la misma emoción sentida al recibir de la imprenta el primer ejemplar de nuestro libro, ó al verlo por primera vez en el escaparate de una librería. En todo hay luna de miel, en todo hay ilusión tempranera.

No obstante, hoy que se ha levantado una cruzada contra los sentimientos admirativos, y suprimido del cerebro aquella casilla de la «veneración» que situa-

ba Cubí en sus cabezas frenológicas, yo me temo que más de la mitad de esas dedicatorias que parecen declaraciones ó plegarias sean únicamente un medio, como otro cualquiera, de solicitar la atención del literato ya veterano, para que lea despacio y emita juicio, mejor si es benévolo. Algo semejante á la fórmula corriente para dirigir recomendaciones á los magistrados: «Se ruega que miren bien el asunto, dentro de la justicia.»

* *

Picantes contrastes surgen á lo mejor cuando revisáis dedicatorias antiguas. Éste que os cantaba un himno, reñido después con vosotros por motivos de amor propio ó sabe Dios por qué, os puso de vuelta y media y os declaró poco después guerra sañuda en los periódicos. Éste que ensalzaba tanto vuestra labor, os satirizó despiadado en redacciones, cacharrerías y demás «círculos» literarios. Y, lo peor: éste que os dedica una obra porque habéis escrito otra, que nombra entre enfáticos loores, — ¡os cerciorasteis luego de que no la ha leído nunca!

La mayor parte de las dedicatorias, pecan, sin embargo, de anodinas, por que es muy difícil discurrir algo que tenga picor de novedad. «Al ilustre escritor XXX, en prenda de admiración.» «Al insigne autor de H ó R, en testimonio de respeto.» «Al excelso ZZ, homenaje de entusiasmo.» Y sobre este tema, levísimas variaciones.

También sucede que una dedicatoria hace resurgir rápidamente como por ensalmo, tiempos, personas, fisonomías. En un solo estantillo de mi biblioteca compruebo el caso.

He aquí una dedicatoria de Carlos María Ocantos, el novelista argentino. «A mi grande y buena amiga...» Y amiga soy, si no grande, buena, de este escritor menos alabado de lo que merece, y de este hombre serio, leal y triste, al cual la vida parece no haber sonreído, quizás por ingénita disposición de su alma. La dedicatoria la recojo del ejemplar de la hermosa novela *Don Perfecto*, donde creo ver algo de autobiográfico, porque el autor se sonreía, sin protestar, cuando le dije: «Don Perfecto es usted.»

He aquí otra. «A doña... etc., su amigo, Palma.» El laconismo revela la confianza, y en efecto, Ricardo Palma, durante su estancia en Madrid fué mi asiduo tertuliano, y no le he olvidado, ni á él ni á su niña, la morena flor oriental, que ahora será (tiempo traidor) una mujer, una madre de familia. No he olvidado aquellas tardes en mi casa, las charlas amenas, discutidoras, con Palma, Cuenca, Blanco, Vidart, y otros cuyo nombre consagró la fama, entre ellos, muchos que ya se ha llevado la muerte. Y he aquí que, de una sencilla dedicatoria, emerge lo pasado...

* *

Ya puesta á revolver dedicatorias americanas, encuentro nombres que me sorprenden, porque la verdad es que se escribe tanto, que es increíble que ¡sólo el tramo de novelistas y cuentistas modernos de América, en mi biblioteca, comprenda más de quinientos volúmenes! Hay en esto algo de halagador, indicio de que nuestro nombre llegó más allá de los límites de Europa; y hay algo también de esperanzador, porque delata una fecundidad, fruto acaso de la cultura que está formándose y que se inclina hacia las letras, hacia el sentido cultural latino. Aquí hubo críticos de periódico que se entretuvieron en ridiculizar á las obras venidas de América, como si no se cociesen habas en todas partes; yo no fui nunca, en mis campañas críticas, de ese sistema. No he preguntado al libro de dónde venía, sino lo que traía dentro. Y todos los he leído, más ó menos rápidamente, según pude. Y todos los he agradecido, en postal ó carta, en breve frase muchas veces, por absoluta imposibilidad de hacer otra cosa. Pero, á la vuelta de años, se me han borrado los asuntos y el contenido de tantos libros. Y me pongo á releerlos, interrumpiendo este arreglo de estanterías, necesario para desenredar mis doce ó catorce mil volúmenes, (no los he contado aún), que crecen como la espuma en proporción de las aficiones que los reunieron y que me llevaré al sepulcro...

Y he aquí que una dedicatoria entusiasta, fechada en Oaxaca, me despierta una serie de ideas. No quiero añadir nombres á expresiones tan vehementes. Me parece discreto pasarlos en silencio. Sólo diré que del valle de Oaxaca, donde radicaba el título de nobleza concedido por Carlos V á Hernán Cortés, parecíame á mí que no podían venir novelas. Todo es épico en el valle de Oaxaca, donde flota la sombra agigantada del Conquistador.

En estos libros americanos encuentro á España, quizá más íntimamente que aquí. Es nuestra imagen,

reproducida con rasgos de doble energía y poetizada por la distancia. Siento con ellos una impresión análoga á la sentida días hace, visitando una casa de campo que acaban de construir, próxima á estas Torres. En el piso alto, sobre una chimenea, un espejo me presentó un paisaje maravilloso. Sobre la clara luna, fondo sombrío de árboles formaba cortina densa, bajo un cielo de un gris inglés, delicado, teñido apenas por restregones de rosa, ligeros como huella de dedo de pastelista, y, entre la fluidez del celaje, un edificio me pareció fantástico: tenía la elegancia de los que se ven en las tablas antiguas, y su blancura lo destacaba como arquitectura de ensueño: torres, almenas, ventanas misteriosas. Era mi propia vivienda, que vista así adquiría magia. España, en los países lejanos, conservada la huella de su vasto espíritu, me causa un deslumbramiento.

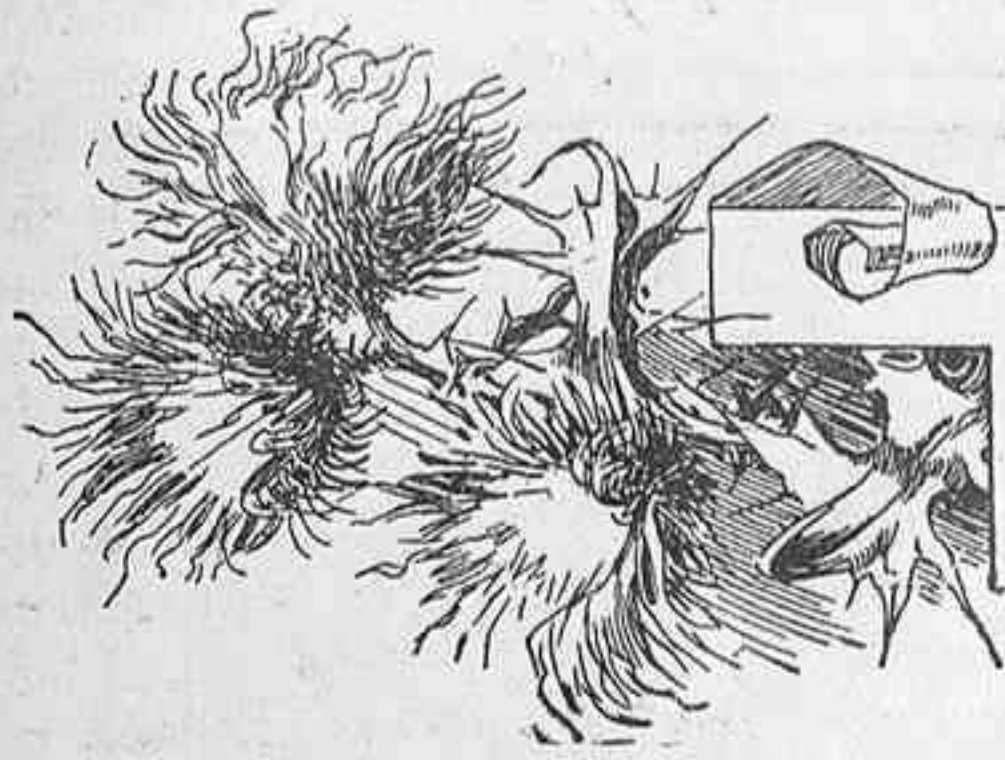
Una novela guatemalteca, que empieza por la pintura de una casa solariega, podría, sin quitar ni poner, trasladar su fiel descripción á Toledo, Segovia ó Salamanca. Otra, que transcribe costumbres de los mineros mexicanos, podría tratar á la gente de la Sierra granadí. Es doblemente extraño el caso, porque los españoles no somos ni propagandistas ni absorbentes como los ingleses, ni llevamos en triunfo nuestras costumbres nacionales adonde hemos llevado nuestro esfuerzo y nuestra ventura. Más bien nos inclinamos á impregnarnos del ambiente, con la facilidad y viveza de adaptación, que cualquier viajero puede observar. El britano, que implanta en pleno desierto, su tetera, su *whisky and soda*, su Biblia y su buey asado, no deja el rastro que deja el español, pronto á absorber el mate de la Argentina, á tomar en Marruecos el te con hierbabuena, á tenderse en la hamaca cubana y á mecerse en Filipinas lánguidamente, abanicándose con el redondo abanico de palma... Y los libros que se escriben en la América que fué española, continúan dándonos la visión y la sensación de una España imposible de desarraigar, de una España eterna...

* *

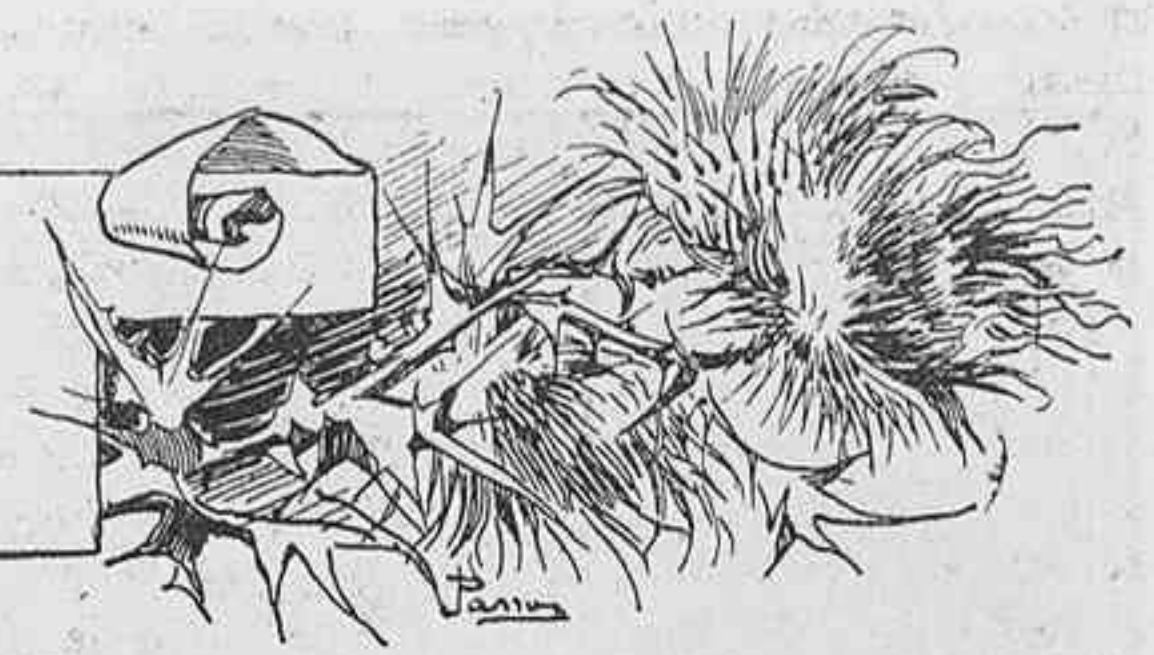
Y sigo revolviendo dedicatorias; y encuentro una de fecha de 1885, que me trae reminiscencia melancólica. Hace veinticinco años, un bohemio de gran talento, que acaba de morir, me ofrendaba un libro. «A la magnífica inteligencia, al gran corazón, al más poderoso cerebro literario de mi país...» Hay que desconfiar muchas veces, padre Schopenhauer, que nos has encargado tan apremiantemente que desconfiemos; ¡pero no siempre!, porque se nos secaría la raíz misma de la sensibilidad. Veinticinco años tiene de fecha la dedicatoria, y en todo ese plazo, el pobre bohemio y soñador jamás me pidió ni una recomendación para las oficinas de un ministerio, que es lo menos que se pide, en este país, á los amigos, ó á los que, sin serlo, pueden darla. Veinticinco años en que ni aun supe de la existencia del escritor, que luchaba incesantemente por abrirse camino. Y he ahí que la noticia de su muerte — sin que haya tenido con él otra relación que una dedicatoria — me apena. No con la pena del afecto que perdemos; con otro acaso más interior: la de la vanidad de todo. El nombre del bohemio será, dentro de un año, cosa enteramente olvidada. Quizás lo era ya, mientras existía.

Es lo deleznable, lo inútil, lo que surge de la mayor parte de estos libros, con tan bonitas y sentidas dedicatorias. ¿Quién se acuerda ya de los que las escribieron? La mano se ha deshecho en polvo y el trabajo y la esperanza se han esfumado entre las neblinas grises y pálidas del ayer. ¡Qué de anhelos, qué de ansias, qué de horas febriles gastadas en idear la obra, en componerla, en borrarla, en corregirla, en buscarle editor, en llevarla á los diarios, en solicitar el anuncio, el elogio, hasta la censura, en trazar estas dedicatorias que vienen á ser, en muchos casos, un toque de atención, para que sepamos que una persona respira, alienta, quiere ser conocida! ¡Qué de afanes, en la mayoría de los casos, estériles!

Y se codean, en el estante, la obra que revelaba gérmenes de talento y aptitudes, malogrados después por la pereza, las agitaciones de una vida azarosa, ó las alteraciones de una salud mísera, con la obra seca, de esparto, pero que, explotada tenazmente, tercamente, abonada por la intriga, llevó á su autor á los puestos bien retribuidos, á la Academia... Y mi piedad hacia esos fracasados que han vuelto al montón anónimo, de las hojas arrebatadas por el cierzo de octubre — que las hacina y las azota — se hace mayor, infinita casi. La sensibilidad se exalta. No revolbamos más libros añejos, oscuros, entre los cuales alguno se mantiene vivaz. ¿Qué labor humana durará perpetuamente? El mundo mismo, ha de perecer.



MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



No hay en la Exposición de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid ninguna de esas obras artísticas que desde el primer momento se imponen á la crítica y al público, el *clou*, como suele decirse, que atrae irresistiblemente así á los inteligentes como á la multitud de aficionados ó de simples curiosos; pero hay, en cambio, gran número de cuadros y esculturas notables que satisfacen al visitante y que merecen ser elogiados.

No han concurrido al certamen todos los grandes maestros cuyos nombres han sido consagrados por la fama; pero no faltan firmas de artistas eminentes ni las de otros que, sin haber llegado aún á poseer este título, se hallan en camino seguro para conquistarlo en plazo más ó menos breve.

Abundan, como es natural, las medianías, cosa inevitable en todas las exposiciones, en las cuales no se trata solamente de exhibir á los que ya han llegado, sino de alentar á los que aspiran á llegar.

En una palabra, la actual exposición es una de tantas que no está por encima ni por debajo de las últimas que se han celebrado en la corte y aun de otras varias del extranjero.

Deseosos de dar una idea de la misma, reproducimos en este número las principales obras premiadas por el Jurado y algunas que, sin haber obtenido recompensas (por razones que no somos nosotros quienes hemos de discutir), han sido ventajosamente juzgadas por críticos y profesionales.

Muñoz Degrain ha obtenido en votación unánime la medalla de honor; y aun tratándose de la recompensa más elevada, el fallo del jurado no sólo no ha suscitado protestas, sino que, por el contrario, ha sido con rara unanimidad aplaudido. Su cuadro *Jesús en Tiberiades* respira sentimiento religioso y es de un valor plástico extraordinario: la figura del Redentor, llena de unción amorosa; la multitud que le acompaña, el paisaje iluminado por la luna, todo cautiva en este hermoso lienzo.

López Mezquita, premiado con primera medalla, es un pintor sincero y castizamente español. *Velatorio gitano* es un cuadro de una verdad y de una poesía encantadoras; las figuras del que toca la guitarra y de la bailaora sobre todo son portentos de vida, y la última un conjunto de seducciones. Su grupo de retratos acredita una vez más su maestría en este género.

Carlos Vázquez, otro maestro y otra primera medalla. De *El torero herido* nos ocupamos en el número 1.468 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; reproducimos los elogios de entonces y felicitamos calurosamente á nuestro querido colaborador por la justa distinción en Madrid alcanzada.

También ha obtenido una primera medalla Marceliano Santa María. *Angélica y Medoro* tiene verdadero sabor clásico así por su asunto como por su composición; el desnudo está tratado en él de una manera admirable, y el dibujo y el color en general son de gran solidez.

Manuel Castaños ha visto recompensada con una primera medalla su obra *Fe-Esperanza*, grupo escultórico lleno de inspiración y de sinceridad y delicadamente modelado.

Alvarez Sala, segunda medalla, tiene en la exposición un lienzo titulado *Asturias*, perfectamente

sentido; sus figuras, de tamaño natural, están admirablemente pintadas.

Domingo y Fallola ha obtenido una segunda me-

escena de la vida real profundamente observada; las figuras, el paisaje, todo lleva en este cuadro el sello de la naturalidad, aunque aquéllas tienen algo que nos recuerda que su autor es un gran caricaturista.

El grupo de Marín, *León y águila*, premiado con segunda medalla, se recomienda por el vigor de su modelado.

El voto, de Capuz, es un excelente estudio de desnudo que ha logrado igual recompensa que el anterior.

Zaragoza expone tres buenos retratos hermosamente pintados; el que adjunto reproducimos es una buena prueba de las excelentes dotes de este pintor para tan difícil género.

Ramón Pulido se ha acreditado una vez más de pintor elegante y correcto con su cuadro *Cogiendo manzanas*, escena impregnada de verdad y de poesía.

El grupo en yeso de Angel Ferrant, *La cuesta de la vida*, está hondamente sentido y modelado con gran seguridad; en esos dos viejos se ve el cansancio, pero también se adivina la resignación del que espera en un más allá, donde serán recompensados los padecimientos de este mundo.

Alcalá Galiano ha pintado una escena directamente vista y trasladada á la tela con laudable sobriedad. *Preparación de la sardina* es un cuadro de excelentes condiciones de dibujo y de color.

Eugenio Hermoso, el celebrado pintor extremeño, merece ser calificado de uno de los más notables artistas españoles contemporáneos por la ingenuidad con que siente las escenas de su tierra, por la verdad con que las reproduce y por la vida que todas sus figuras respiran. Estas cualidades se admiran en su bellissimo lienzo *Jugando á la soga*.

El busto de Ynurria *Mujer!* tiene expresión y está modelado con gran seguridad.

Miguel Oslé con su grupo *Patria* ha atraído justamente la atención del público inteligente. Esta obra entraña una idea elevada que el artista ha sabido exteriorizar magistralmente por medio de tres figuras-tipos, por decirlo así, en cada una de las cuales se admiran una expresión distinta y adecuada al personaje y un modelado apropiado á la diversidad de expresiones.

Vaquera granadina, de Muñoz Lucena, es un cuadro sobresaliente por su colorido.

Garnelo y Alda tiene en la exposición *San Francisco Solano*, lienzo de grandes dimensiones, acertadamente compuesto y con fragmentos de dibujo y color notables.

Grandes condiciones de dibujante y colorista demuestra Alberti en su cuadro *Las naranjas*, que además es digno de elogio como reproducción exacta de una animada escena de la vida matritense.

Dos churumbeles, de Hidalgo de Caviedes, es una nota de gran vigor artístico; el tipo de la gitanilla es un portento de carácter y de expresión.

Bien compuesto y bien pintado es el cuadro de Díaz Olano *Murmuración y castigo*; las murmuradoras están hablando como vulgarmente se dice.

Gili y Roig, en *La Roma de los Papas*, ha reproducido con admirable acierto un fragmento arquitectónico de la Roma antigua.—T.



Retrato de la señora B., pintado por José Ramón Zaragoza premiado con condecoración de primera categoría

dalla con su *Suerte de vara*; la recompensa es merecida, porque se trata de un lienzo lleno de vida y de movimiento, con trozos de color magistrales.

Florista, de Godoy, es una nota fresca, elegante, que cautiva; el tipo de la muchacha es delicioso, sus ojos miran y sus labios sonríen de verdad; las flores están bellamente pintadas. También este artista ha sido recompensado con una segunda medalla.

El paseo de Su Eminencia, de Francisco Sancha, premiado asimismo con segunda medalla, es una

escena de la vida real profundamente observada; las figuras, el paisaje, todo lleva en este cuadro el sello de la naturalidad, aunque aquéllas tienen algo que nos recuerda que su autor es un gran caricaturista.

El grupo de Marín, *León y águila*, premiado con segunda medalla, se recomienda por el vigor de su modelado.

El voto, de Capuz, es un excelente estudio de desnudo que ha logrado igual recompensa que el anterior.

Zaragoza expone tres buenos retratos hermosamente pintados; el que adjunto reproducimos es una buena prueba de las excelentes dotes de este pintor para tan difícil género.

Ramón Pulido se ha acreditado una vez más de pintor elegante y correcto con su cuadro *Cogiendo manzanas*, escena impregnada de verdad y de poesía.

El grupo en yeso de Angel Ferrant, *La cuesta de la vida*, está hondamente sentido y modelado con gran seguridad; en esos dos viejos se ve el cansancio, pero también se adivina la resignación del que espera en un más allá, donde serán recompensados los padecimientos de este mundo.

Alcalá Galiano ha pintado una escena directamente vista y trasladada á la tela con laudable sobriedad. *Preparación de la sardina* es un cuadro de excelentes condiciones de dibujo y de color.

Eugenio Hermoso, el celebrado pintor extremeño, merece ser calificado de uno de los más notables artistas españoles contemporáneos por la ingenuidad con que siente las escenas de su tierra, por la verdad con que las reproduce y por la vida que todas sus figuras respiran. Estas cualidades se admiran en su bellissimo lienzo *Jugando á la soga*.

El busto de Ynurria *Mujer!* tiene expresión y está modelado con gran seguridad.

Miguel Oslé con su grupo *Patria* ha atraído justamente la atención del público inteligente. Esta obra entraña una idea elevada que el artista ha sabido exteriorizar magistralmente por medio de tres figuras-tipos, por decirlo así, en cada una de las cuales se admiran una expresión distinta y adecuada al personaje y un modelado apropiado á la diversidad de expresiones.

Vaquera granadina, de Muñoz Lucena, es un cuadro sobresaliente por su colorido.

Garnelo y Alda tiene en la exposición *San Francisco Solano*, lienzo de grandes dimensiones, acertadamente compuesto y con fragmentos de dibujo y color notables.

Grandes condiciones de dibujante y colorista demuestra Alberti en su cuadro *Las naranjas*, que además es digno de elogio como reproducción exacta de una animada escena de la vida matritense.

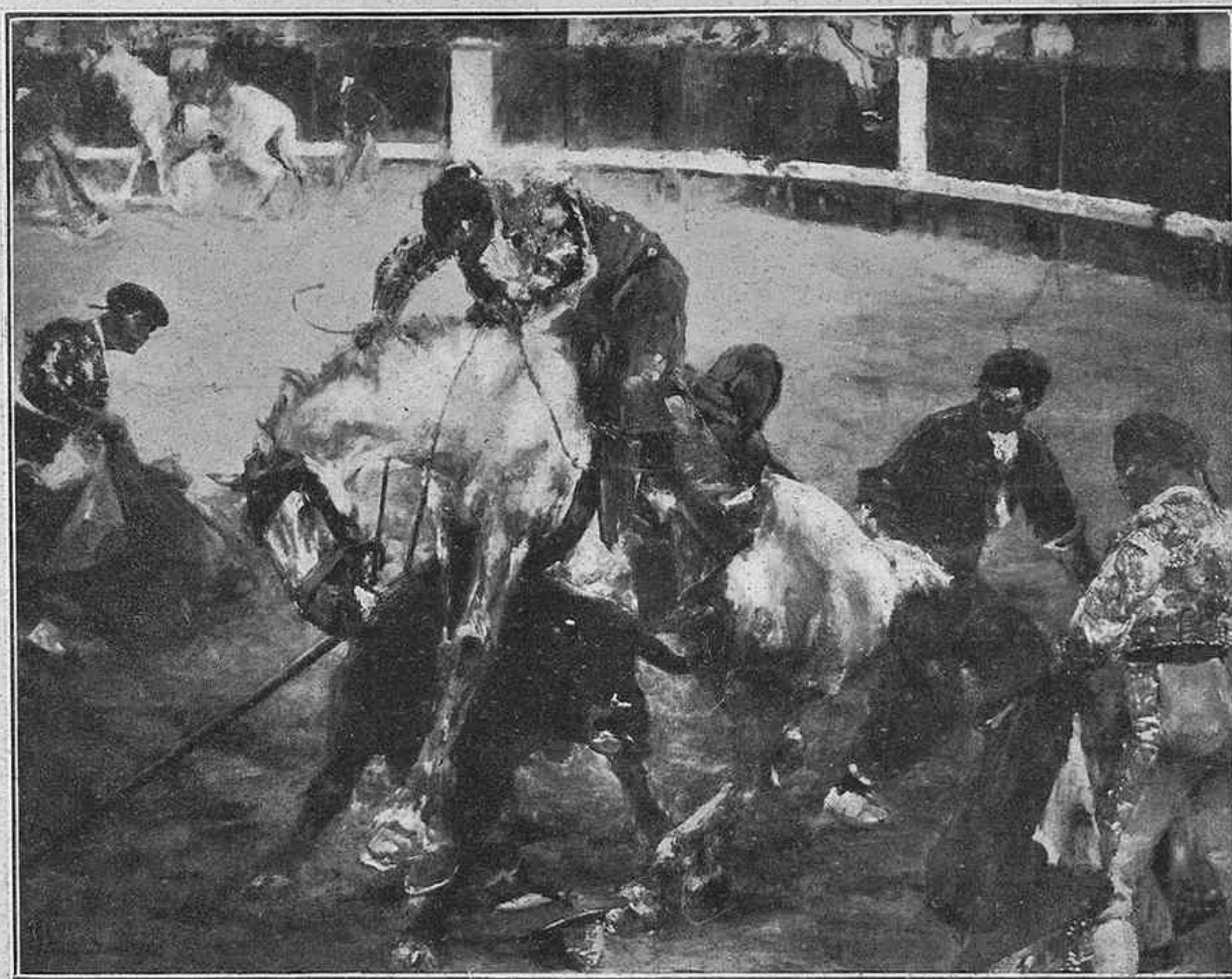
Dos churumbeles, de Hidalgo de Caviedes, es una nota de gran vigor artístico; el tipo de la gitanilla es un portento de carácter y de expresión.

Bien compuesto y bien pintado es el cuadro de Díaz Olano *Murmuración y castigo*; las murmuradoras están hablando como vulgarmente se dice.

Gili y Roig, en *La Roma de los Papas*, ha reproducido con admirable acierto un fragmento arquitectónico de la Roma antigua.—T.



Jesús en Tiberiades, cuadro de Antonio Muñoz Degrain (medalla de honor). - Velatorio gitano, cuadro de José López Mezquita (primera medalla). - El torero herido, cuadro de Carlos Vázquez (primera medalla). - Retratos de los Sres. de B. é hijos, cuadro de José López Mezquita. - Angélica y Medoro, cuadro de Marceliano Santa María (primera medalla). (De fotografías de Mateu.)



Asturias, cuadro de Ventura Álvarez Sala (segunda medalla). — **Florista**, cuadro de Federico Godoy (segunda medalla). — **La cesta de la vida**, grupo en yeso de Ángel Ferrant (segunda medalla). — **Suerte de vara**, cuadro de Roberto Domingo y Fallola (segunda medalla). — **Cogiendo manzanas**, cuadro de Ramón Pulido. — **Preparación de la sardina**, cuadro de Alvaro Alcalá Galiano. (De fotografías de Mateu.)

SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y DOÑA VICTORIA EN VALENCIA



Llegada de SS. MM. Los monarcas y la comitiva pasando por debajo del arco levantado en la plaza de San Francisco por el Círculo Liberal Democrático. (De fotografía de Barberá Masip.) - SS. MM. dirigiéndose á la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados. - Obrero besando la mano á S. M. la reina en el acto de serle entregada la llave de la casa del barrio obrero, construído por el Patronato, que le tocó en suerte. (De fotografías de Moya.)

Valencia ha hecho un recibimiento entusiasta á SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y Doña Victoria, que han permanecido tres días en aquella ciudad.

El día de la llegada, 23 del corriente, todos los balcones de la carrera por donde debían pasar los soberanos estaban engalanados con colgaduras y las fachadas adornadas con doseles y banderas; en muchas calles, habíanse levantado hermosos arcos de triunfo, entre los cuales sobresalían los del Ateneo

el cabildo y se cantó un tedéum, y desde allí á la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de Valencia, en donde se cantó una Salve. Luego marcharon á la Capitanía general, desde uno de cuyos balcones presenciaron el desfile de las tropas; oyeron misa en Santo Domingo, y después del almuerzo regio fueron á la exposición para asistir á la fiesta organizada en su honor por el Comité. La tribuna de las reales personas ostentaba un magní-

nó el Himno á la Exposición. SS. MM. visitaron las instalaciones, siendo obsequiadas con un te en el Gran Casino.

Por la noche, hubo banquete de gala en la capitania, concurso de bailes populares en la Plaza de Tetuán y castillo de fuegos artificiales, que terminó con una grandiosa traca.

Al día siguiente, por la mañana, presidieron Sus Majestades el acto de entrega de las 24 viviendas construídas por el Patronato de casas para obreros; los agraciados recibieron las llaves de manos de la reina. Después efectuóse en la regia residencia la recepción oficial, que fué brillantísima, y por la tarde SS. MM. inauguraron las obras del Mercado Central; el rey, con una piqueta que le ofreció el alcalde, inició el derribo dando un golpe en la casa número 24, primera que se ha de derruir, pronun-



Inauguración de las obras del Mercado Central.—El alcalde de Valencia pronunciando un discurso ante SS. MM.

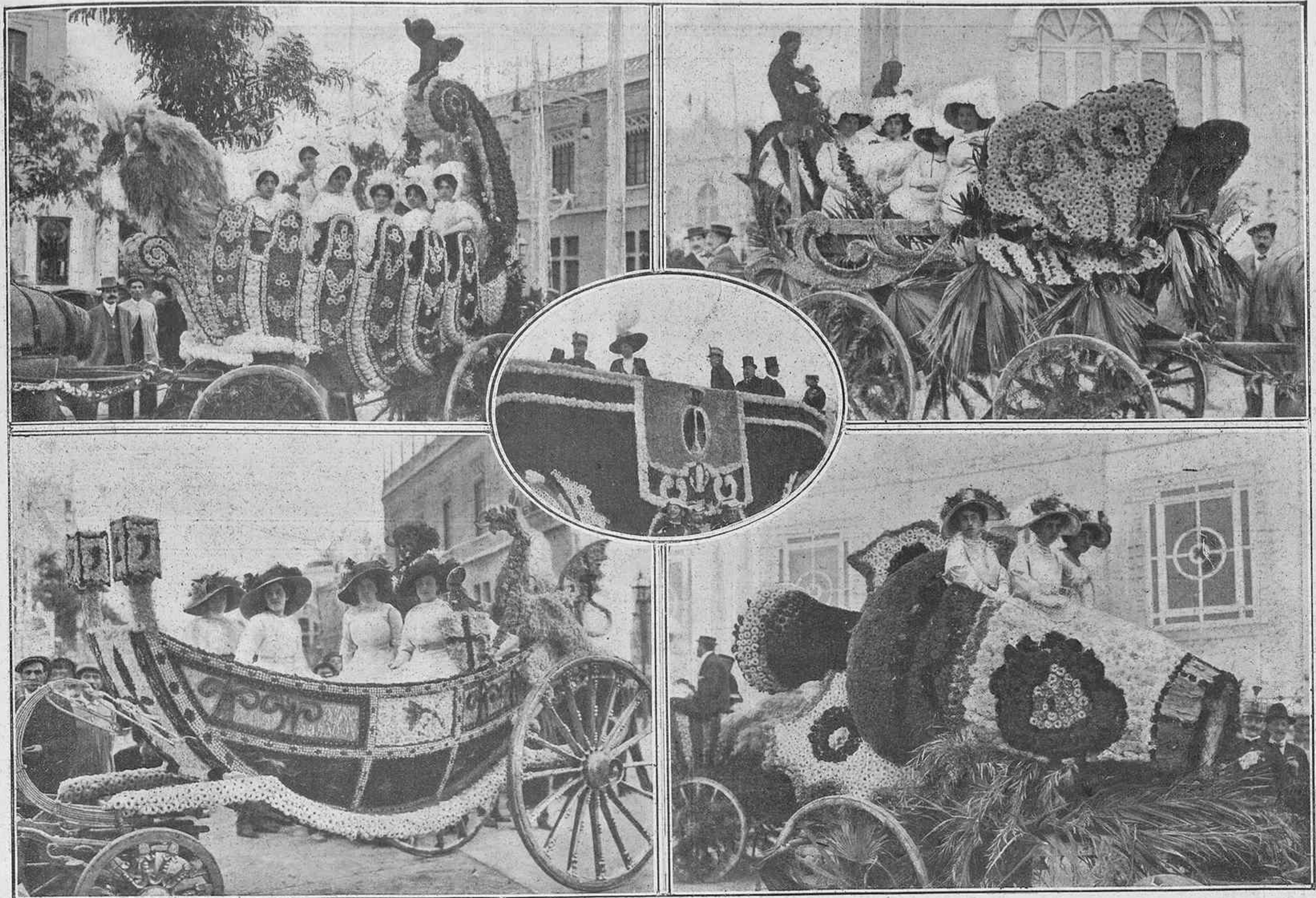
Mercantil, del Círculo Liberal y de la Cámara de Comercio, y grandiosas tribunas construídas por el Círculo Liberal Conservador, el Círculo de Bellas Artes y la Sociedad Valenciana de Agricultura.

Entre los incesantes vítores de la multitud y una continua lluvia de flores, dirigiéronse SS. MM. á la catedral, en donde fueron recibidos por el obispo y

co tapiz de 40 metros de ancho por 13 de alto hecho todo de flores. El marqués del Turia pronunció un discurso dando las gracias por su visita á los reyes; contestó en nombre de éstos el Sr. Canalejas; un grupo de veinte floristas cubrió de flores el estrado, y un coro de 1.500 voces ento-



S. M. el rey iniciando los derribos para las obras del Mercado Central (De fotografías de Barberá Masip.)



La batalla de flores. Carroza del Círculo Liberal. - Carroza del Círculo Democrático. - SS. MM. en la tribuna regia durante la batalla. - Carroza de la Sociedad Valenciana de Agricultura. - Carroza del Comité de la Exposición. (De fotografías de Barberá Masip.)

ciendo luego discursos la primera autoridad municipal y el Sr. Canalejas. Por la tarde celebróse en la Gran Pista de la Exposición la batalla de flores; conocida la tradicional magnificencia que en aquella ciudad revisten esta clase de fiestas y teniendo en cuenta que la celebrada ahora lo ha sido en honor de los reyes, ocioso es decir que fué brillantísima y que en ella hubo verdadero derroche de flores. De la riqueza y buen gusto de las carrozas que en número de 56 tomaron parte en la batalla, puede formarse idea por las que en esta página reproducimos. Desde la exposición se dirigieron SS. MM. á la Maestranza, en donde fueron obsequiados con un te y un concierto, y por la noche asistieron al banquete que en honor suyo dió el alcalde en el pabellón municipal de la exposición, y al cotillón que se bailó en el salón de actos.

El día 25, la reina Victoria visitó el Asilo de la Misericordia, el Asilo de Benefi-

cia y la Asociación Valenciana de Caridad, y por su parte el rey visitó el cuartel en donde se aloja el regimiento de Mallorca y el de Caballería, el

octavo regimiento de artillería é hizo también una visita á los cruceros *Carlos V* y *Cataluña*.

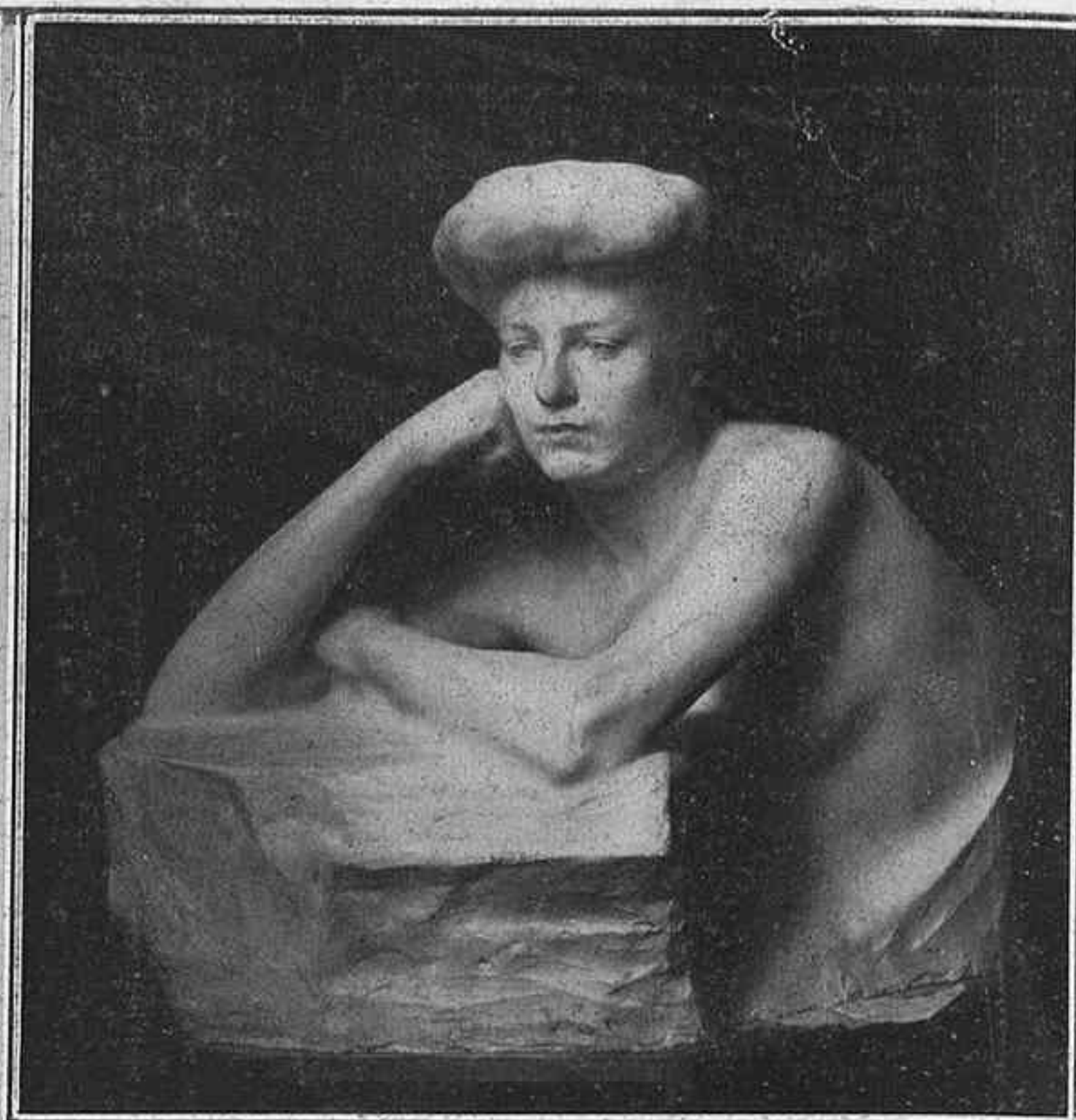
Luego SS. MM. presidieron en el Museo Provincial la inauguración de la sala de Goya, visitaron la Audiencia y la Universidad, en donde la reina descubrió una lápida dedicada á la memoria de los estudiantes que constituyeron el batallón de artillería durante la guerra de la Independencia; asistieron al banquete dado en su honor por la Diputación provincial en el salón de Columnas de la Lonja y por último fueron á la plaza de toros.

Terminada la corrida, dieron un paseo por la Alameda y la calle de la Paz y poco antes de las nueve emprendieron el viaje de regreso á Madrid, adonde llegaron á la mañana siguiente.

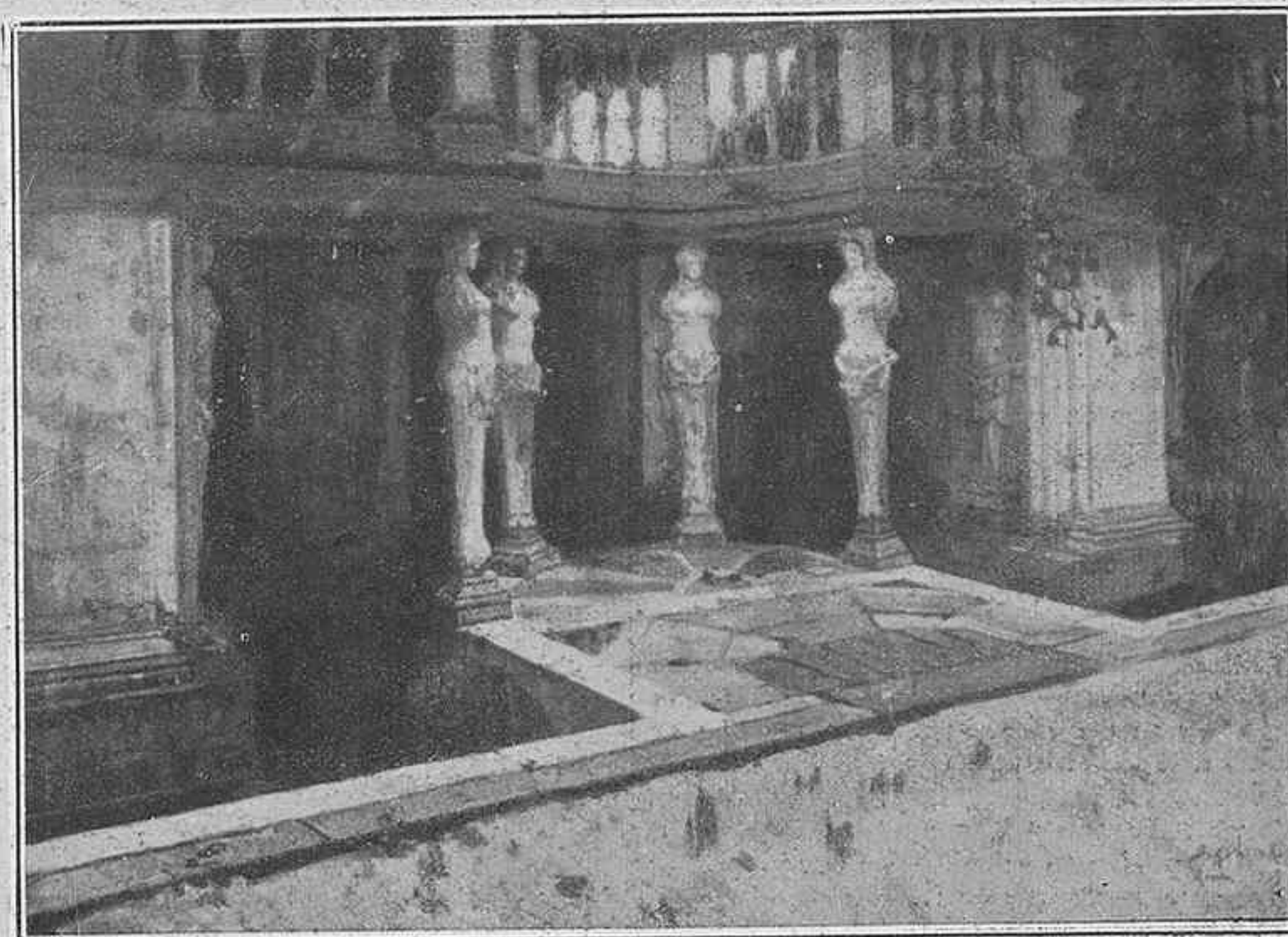
Durante su estancia en Valencia, los monarcas han sido objeto de constantes ovaciones tan cariñosas como entusiastas.—P.



Carroza que ocuparon SS. MM. durante la batalla de flores. - Visita de S. M. el rey á los cuarteles. S. M. saludando la bandera en su visita á los regimientos de Alcántara y Denia. - Visita de S. M. la reina Victoria á la Casa de Misericordia. (De fotografías de Barberá Masip.)



Jugando á la sogá, cuadro de Eugenio Hermoso (condecoración de segunda categoría). — ¡Mujer!, busto en yeso de Mateo Ynuria. — **Patria**, grupo en yeso patinado de Francisco Solano, cuadro de José Garnelo y Alda. (De fotografías de Mateu.)



Las naranjeras, cuadro de Fernando Alberti. — **Dos churumbeles**, cuadro de Rafael Hidalgo de Caviedes. — **Murmuración y castigo**, cuadro de Ignacio Díez Olano. — **La Roma de los Papas**, cuadro de Baldomero Gili y Roig. — **León y águila**, grupo en yeso de Enrique Marín (segunda medalla). — **El paseo de Su Eminencia**, cuadro de Francisco Sancha (segunda medalla). (De fotografías de Mateu.)

RETRATO DEL EXCMO. SR. D. AMALIO JIMENO

El distinguido artista Sr. Marqués ha terminado recientemente el retrato del exministro de Instrucción Pública Excelentísimo Sr. D. Amalio Jimeno, que ha pintado por encargo de la Junta Administrativa del Hospital Clínico de esta ciudad, á cuyo salón de sesiones está destinado.



Retrato del Excmo. Sr. D. Amalio Jimeno, exministro de Instrucción Pública, pintado por D. José M.^a Marqués y destinado al salón de sesiones de la Junta del Hospital Clínico de Barcelona. (Salón Parés.)

Esta obra, que en la actualidad se halla expuesta en el Salón Parés, es una nueva prueba de las especiales dotes que adornan al Sr. Marqués para el cultivo de este difícil género á que con tanto éxito se dedica: parecido, expresión, naturalidad en la actitud, acierto en la disposición de accesorios, son las cualidades que se observan en este lienzo y que están avaladas por una pincelada segura y por una excelente armonía de colorido.

EL CASTILLO DE WOOD-NORTON

Después de una corta permanencia en Gibraltar, adonde se trasladaron á raíz del movimiento revolucionario, las reales personas portuguesas se han dirigido, el rey Manuel II y su madre la reina Amelia á Inglaterra y la reina María Pfa y el duque de Oporto á Italia. El yate real inglés *Victoria and Albert* condujo al joven soberano y á su madre á Plymouth, adonde llegaron el día 19, siendo saludados á bordo por el conde de Howe, representante del rey de Inglaterra, el embajador de España, el hasta entonces embajador de Portugal

marqués de Sovral, el duque de Orleans, el duque de Luynes y el doctor Recamier; inmediatamente subieron á un tren especial que los llevó al castillo de Wood-Norton, propiedad y residencia del duque de Orleans, en el que habitarán en lo sucesivo.

El castillo de Wood-Norton es un palacio verdaderamente regio; una de las dependencias más interesantes del mismo es el museo que contiene los trofeos de caza del duque, entre ellos el cuerpo disecado del tigre que estuvo á punto de matarle en una de sus cacerías en la India.

EL PRÍNCIPE FRANCISCO DE TECK

A la edad de cuarenta años ha fallecido recientemente en Londres este príncipe, hermano de la reina María de Inglaterra. La noticia de su muerte causó profunda impresión en la capital, pues el finado gozaba de gran popularidad y era estimado no sólo en la alta sociedad, en donde se apreciaban su sencillez y su exquisito trato, sino también en la clase obrera, de la cual se ocupaba con la solicitud que es tradicional en la familia de Teck. Desde el mes de abril último, el príncipe había consagrado todas sus energías á juntar 500.000 francos para extinguir la deuda del Hospital de Middlesex, del que era el patrono más activo.

Militar distinguido, había tomado parte en la campaña de Egipto de 1897 á 1898, y en la del Africa del Sur, en donde había ganado la *Distinguished service order*, que es la condecoración militar más ambicionada después de la Cruz de Victoria y que sólo se concede por actos de valor.



El príncipe Francisco de Teck, hermano de la reina de Inglaterra, fallecido en Londres el día 22 de los corrientes. (De fotografía.)

BAJORRELIEVE A LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA

El pueblo austriaco conserva un recuerdo piadosísimo de la infortunada soberana que, después de una existencia llena más

de amarguras que de alegrías, fué alevosamente asesinada por un anarquista en Ginebra.

El Ayuntamiento de Viena, queriendo una vez más honrar su memoria, ha hecho ejecutar el hermoso relieve en mármol



La apotheosis de la emperatriz Isabel de Austria, bajorrelieve en mármol que el Ayuntamiento de Viena colocará, en breve, en una capilla de la iglesia del nuevo Cementerio Central de aquella ciudad. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

blanco y de tamaño natural que adjunto reproducimos y que es la apotheosis de la emperatriz Isabel. Está destinado á una capilla lateral del nuevo cementerio central de aquella ciudad y será inaugurado próximamente.

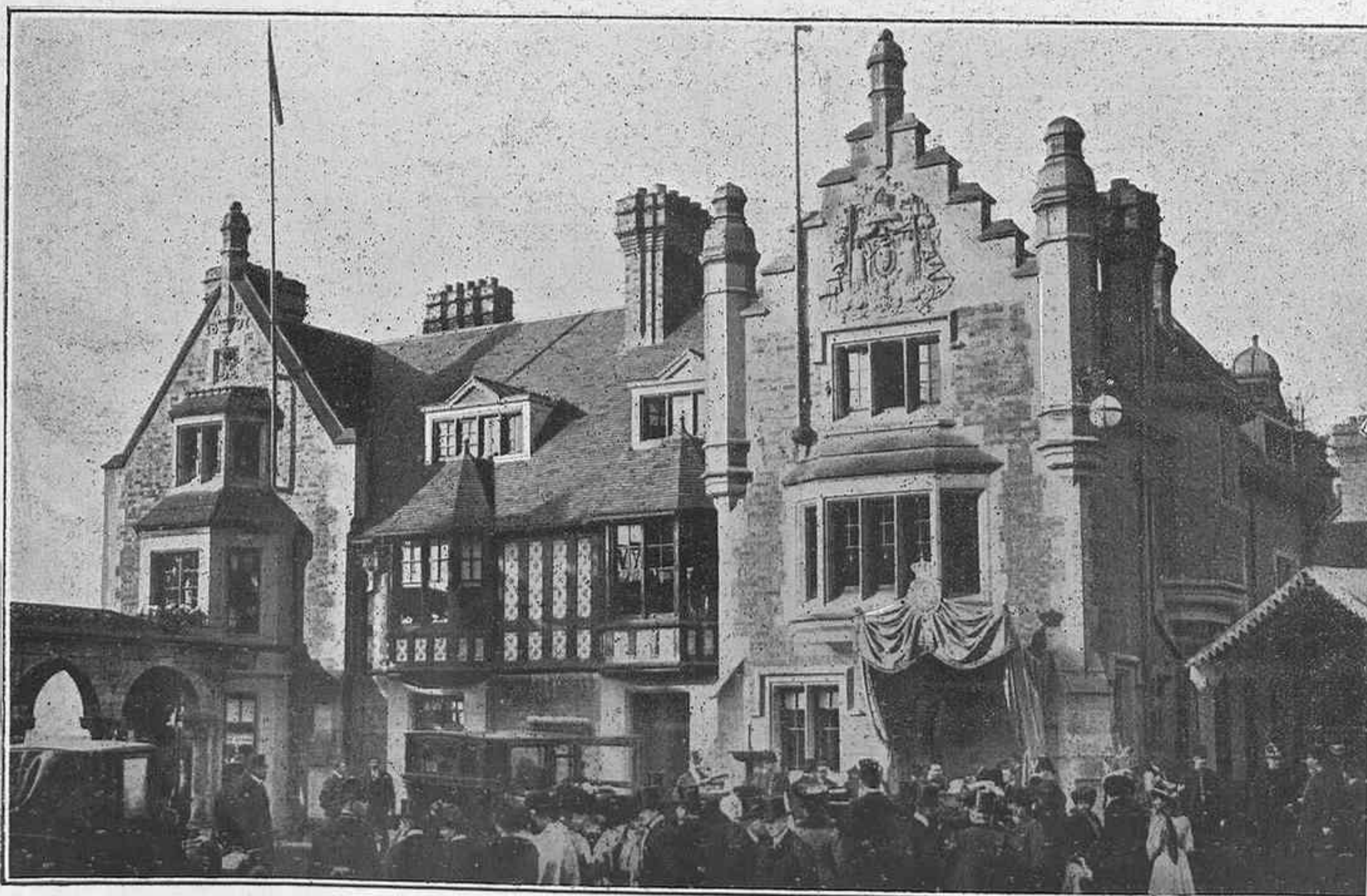
Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: *La burgeseta*, comedia en tres actos de los hermanos D. y V. Corominas; *La verge boja*, comedia en tres actos de Enrique Bataille, traducida del francés por Carlos Costa, y *La cadenera*, comedia en acto de J. Ponsa; en el Principal *La manta*, comedia en un acto de José M.^a Pous; *El curandero nou*, sainete en un acto de Ramón de Ramón, y *Andrónica*, tragedia en tres actos de Angel Guimerá; en Eldorado *Los vencidos*, comedia en tres actos de Antonio Viérgol; y en Novedades *La princesa de los Balkanes*, opereta en tres actos de Federico Reparaz, música de Eysler.

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Sanson y Dalila*, comedia en dos actos de Sinesio Delgado, y en Eslava *El conde de Luxemburgo*, opereta en tres actos, versión española de José Juan Cadenas, música de Franz Lehar.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 555

POR V. MARÍN

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p>Biancas</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Rg6-f7 2. Ca7-c6 jaque 3. Dh6-d6 jaque 4. Ch3-g5 5. Cg5-e6 mate. | <p>Negras</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Ca8xb6 2. d7xc6 3. c76e7xd6 4. Cualquiera. |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
- VARIANTES.
3. Ta5-d5
 4. Dd6-b4 jaq., etc.
 3. Cb6-d5
 4. Ch3-g5, etc.
 2. Rd4-c5
 3. Ae1-b4 mate.
 2. Ca7-c6j, d7xc6
 3. Dh6xc6, Ta2-a46 Ta5-c5
 4. Dc6-d7 jaq., etc.
 1. Ta2-a4
 2. Tb6xb2, h2-h1 (C)
 3. Ae1-d2, Rd4-c5
 4. Tb2-c2 jaq., etc.
 3. Ta4-a3
 4. Tb2-b4 jaq., etc.
 3. e3xd2
 4. Dh6xd2 jaq., etc.
 2. Rd4-c5
 3. Tb2-c2 jaq. 6 Dh6xe3 jaq., etc.
 2. Ta5xa7
 3. Dh6xe3 jaq., etc.
 1. c7-c6
 2. Tb6-b4j, Rd4-c5
 3. Rf7xe7, Ta5-b5
 4. Tb4xb5 jaq., etc.
 1. e7-e6
 2. Dh6-f8, Ta2-a46 d7-d6
 3. Tb6-d6 jaq., Rd4-c5
 4. Td6-d5 jaq., etc.
 3. Ta5-d5
 4. Td6xd5 jaq., etc.
 3. c7xd6
 4. Df8xd6 jaq., etc.
 1. Ab2-a36
 - Ab2-c3
 2. Ae1-c3j, Rd4xc3
 3. Dh6xe3j, Rc3-c2
 4. De3-d3 jaq., etc.
 1. Otra jug.^a
 2. Tb6-b4j, Rd4-c5
 3. Tb4-c4 mate.



El castillo de Wood-Norton (Worcestershire). residencia del duque de Orleans, en donde se hospedaron el rey destronado Manuel II de Portugal y su madre la reina Amelia. (De fotografía de Chusseau Flaviens.)

LA MADRE PATRIA

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

Ella balbuceó:

—¿En qué? ¿En qué? No veo en qué.

Luego, cansada de semejante esfuerzo, de semejante contradicción á su natural pasivo, renunció de pronto; sentóse con los brazos caídos, y no dijo una palabra más.

Jerónimo Bricogne, el padre, el jefe, resumió todos aquellos pareceres contrarios; y, para dar gusto á cada cual, eligió los términos medios:

—¡Sea!, esperemos. Dejemos á los arrepentimientos posibles el tiempo de manifestarse. Y, después de todo, ¿qué haríamos, si no? Ahora que obramos á sangre fría, con lucidez de espíritu, disipada la embriaguez, ¿tenéis ganas de violencias inmediatas?, ¿ganas de tirar los primeros? Pensad en Clorinda y en Eitel, que las balas hieren á ciegas. Concedamos, pues, tres días francos para dar lugar al arrepentimiento. ¡Pero si, contra mis esperanzas, la batalla ha de empezar, tranquilizaos, muchachos! Al primer gesto, contestaremos como convenga.

Entonces, para no entristecer más á las viejas, los jóvenes consintieron esperar. Pero Reinaldo afirmó:

—Eso es retroceder para saltar mejor.

—Pues saltaremos, le dijo Rogerio.

—Y con música, yo te lo juro, si cada cual hace como yo, replicó su hermano mayor, apretando los puños.

Después de este conciliábulo, los Bricogne resolvieron ir al bosque, como si nada hubiese cambiado de la vida habitual. Pero se convino en que no se alejarían de la casa, y que, en caso de alarma, la campana les advertiría.

Desde su altura, Closed-House dominaba á los alrededores; el menor movimiento de hombres en el campo no podía escapar á ojos vigilantes.

Jerónimo y sus hijos se unieron con sus trabajadores, que al pie de la escalinata esperaban hablando de los acontecimientos del día.

—Muchachos, les dijo el amo: además de vuestras hachas y de vuestros destales, llevad vuestras escopetas. ¿Sabéis á qué hemos llegado? Quizá pronto tengamos que derribar algo más que árboles.

El más viejo de los leñadores, un tal Planturon, francés que había inmigrado hacía veinte años, y era de Senlis, contestó por los demás:

—Está bien, patrón; allá vamos. Ya lo habíamos pensado, pero no nos atrevíamos sin orden. Contad con nosotros. Cuando pica hay que rascarse.

Cinco minutos después, la pequeña tropa volvía á estar reunida, y esta vez en armas. Eran unos treinta hombres bien plantados, enérgicos y robustos, acadianos ó canadienses franceses, acostumbrados á cazar el oso ó á luchar con los indios.

—¡Bah!, exclamó Jerónimo; la Nueva Francia tiene firmeza.

Durante todo el día, como en tiempo ordinario, el

hacha y el destal resonaron pesadamente en el interior del bosque, y sólo gimió en las espesuras la caída de los olmos seculares, y no corrió más sangre

—Se soterran... Ya veréis como tendremos que irlos á visitar.

Pero ni Jerónimo ni Rolando recogieron la indicación.

Rogerio silbaba, casi alegremente, andando con las manos metidas en los bolsillos. A los diecisiete años, todo sirve de distracción. Sin embargo, cuando se acordaba de Carlota, á la que amaba en secreto, cesaba en su música y fruncía el entrecejo. ¡Ah!, sin ella, aquellas novedades trágicas ya aquellas amenazas en el aire le hubiesen divertido de veras.

Cerca de la casa, el padre respiró con fuerza, como si su vasto pecho se aligerase de un gran peso. Todo aparecía en orden, en su puesto, con su aspecto particular.

Detrás de las ventanas, divisaba á las mujeres ocupadas, bajo los primeros quinqués, en diversos trabajos. En su sillón de tapicería antigua, Beltrana contemplaba á través de los cristales el exterior y la caída del crepúsculo. Virginia cortaba telas sobre una mesa; sus hijas cosían, cabizbajas.

En el comedor, las criadas ponían el cubierto sobre los blancos manteles para la cena.

Jerónimo saludó su vivienda, saludó á los que le amaban y á los que amaba él, con un gran gesto lleno de ternura; y se detuvo luego en el rellano de la escalinata de madera cubierta de hiedra.

Tras él, bajo la vigilancia de sus hijos, las carretas entraban en los corrales, trayendo la madera cortada aquel día; las hayas, los pinos, los álamos blancos desmembrados, llorando savia; las tablas recién aserradas, las ramas en haces.

Los caballos tiraban de firme por el camino fangoso, y los carreteros, atentos, les estimulaban con la mano y con la voz, con una melopea rítmica y sonora, sin significación real, salida de las entrañas del tiempo.

El convoy oblicuó á la izquierda de la vivienda, y se metió en los almacenes.

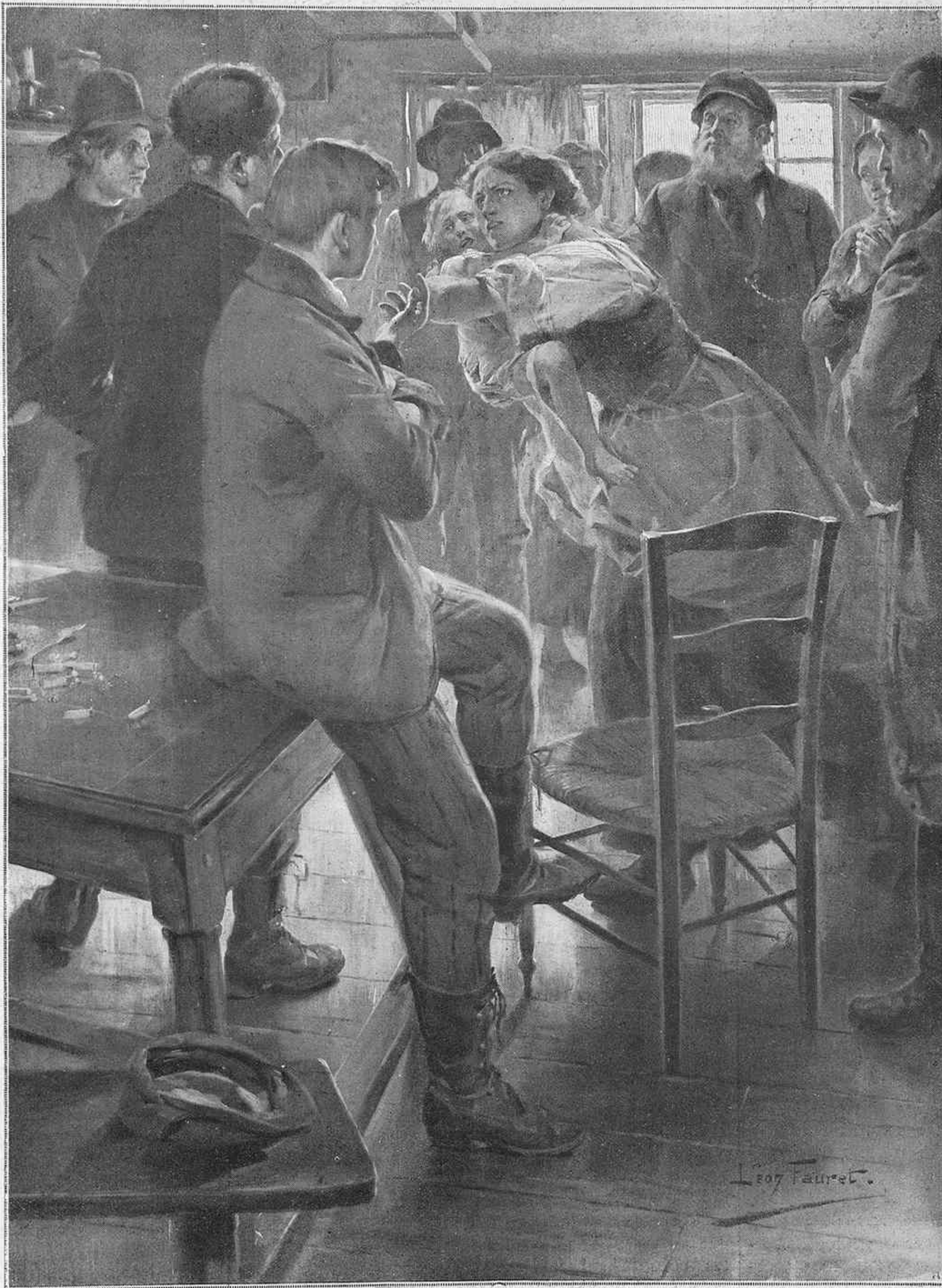
Alumbraba todo esto una luna amarilla y redonda, por encima del bosque alto y de los patios.

Y todo se agrandaba hasta las visiones de ensueño, en aquella luz oscura, que bañaba de un reflejo azulado y plateado, las tierras recién labradas para las sementeras de la primavera próxima.

Allí, en el puésto de los árboles arrancados, iban á alzarse las mieses futuras; crecería el trigo, el trigo sagrado, con sus ondulaciones de oro, que proporciona el pan y la seguridad de las grandes llanuras.

El amo contempló aquel paisaje amigo, aquel rincón familiar que había visto desde sus primeras miradas, con sus ojos de niño. Hacía más de medio siglo que servía de marco á sus días.

Siempre había aspirado, había tenido la seguridad de vivir allí feliz y tranquilo, ver crecer y envejecer á sus hijos, como un patriarca bíblico, como Beltra-



Ella se le acercó, le miró de frente y le lanzó esta única palabra: «¡Bruto!»

que las espesas resinas de los pinos. La sierra moría la madera, y el serrin que flotaba en el aire, se pegaba en el sudor de los rostros curtidos, y empolvaba la barba y el cabello de los leñadores.

Entregados á su trabajo habitual, todos olvidaron un momento los cambios sobrevenidos en sus pacíficas costumbres, el enemigo quizá en marcha y los peligros posibles.

Por el lado de la casa, no se oía ningún ruido sospechoso; la campana permanecía callada; y los correos enviados de hora en hora volvían repitiendo la misma frase:

—Sin novedad. Todo va bien.

Cuando cayó la tarde, á cosa de las seis, el día había transcurrido como los demás, tranquilamente. Los leñadores regresaron entonces á la casa común, con el hacha al cinto y la escopeta al hombro.

—¡No se atreven!, dijo Rolando á su padre.

—Sí, contestó éste..., pero ¿qué existencia! ¿Hemos de pasar el tiempo en continua zozobra?

Entonces Reinaldo replicó:

na le había visto crecer y le veía envejecer á él. Pero había soplado un viento de locura que echaba por tierra todas las esperanzas. La lucha iba á reanudarse, como en tiempo de los ingleses ó de los indios bravos, como en tiempo de sus abuelos.

Y, sin embargo, ¡qué dulzura persistente en aquel teatro encantado! Todo celebraba allí los goces de las serenidades prolongadas, de los tranquilos reposos después de las jornadas laboriosas.

Y Bricogne murmuró, no queriendo creer en los peligros del día siguiente.

—¿Acaso se parece esto á la guerra?

Luego entró en la casa, apartando, con una ruda caricia, á sus perros que le saltaban entre las piernas. Las mujeres se le acercaron con igual solicitud. Él se dirigió hacia Beltrana y sentóse á su lado tendiéndole la mano. Y la abuela suspiró:

—¿Va á durar mucho tiempo esta pesadilla?

—No, dijo él, queriendo convencerla; creo sinceramente que todo se arreglará.

Los muchachos entraron á su vez, y, en esta ocasión, los caracteres volvieron á afirmarse. Reinaldo apareció desabrido, de mal humor como siempre, sin mirar á nadie, ni decir una palabra. Rolando y Rogerio, dando pruebas de un corazón más afectuoso, aceptaron ó provocaron las ternuras de las mujeres.

Después, la campana tocó anunciando la cena. Ésta fué triste y breve; varios platos quedaron llenos delante de los comensales tristes.

En el exterior, con la noche, el frío caía en el silencio de los bosques. A lo lejos, un lobo errante ahulló á la luna. Del cercado, los perros furiosos respondieron, lanzándole el reto de sus ladridos sonoros.

Se oyó cerrar las pesadas barreras de la empalizada. Era la nueva orden. La vispera, todo había quedado aún abierto en torno de la casa. Al ruido aquel, las mujeres se estremecieron, pues las llamaba á la realidad.

—¡El estado de sitio!, murmuró Rogerio que se levantó de su silla y se acercó á una ventana.

De pronto, con los ojos fijos en el exterior, manifestó una sorpresa:

—¿Qué es eso?

Nadie ponía atención en él. Pero él esperó y observó; y, volviendo bruscamente á la mesa, exclamó:

—Padre, venid á ver. El cielo se ilumina y resplandece; se pone rojo, diríase que es una aurora boreal. Bricogne se encogió de hombros.

—Tú sueñas... ¿En esta época auroras boreales?.. ¡No es posible!

Pero Rolando se había acercado ya á su hermano menor, y asombróse á su vez. Efectivamente, hacia la playa, un rojo resplandor se alzaba en el horizonte, acusando en negro compacto las cimas de la selva.

Abrió bruscamente la ventana, á pesar del frío, se asomó á la balastrada de madera y contempló un instante. Detrás de él, curiosos, inquietos quizá, llegaron su padre, Reinaldo, su madre y sus hermanas.

—¿Qué es?

El joven extendiendo la mano hacia la claridad siniestra y misteriosa, rugió con un ronco sollozo que le ahogaba:

—¡Ah!, ¡esos miserables!

Aquella mañana, los Griffeld también habían celebrado consejo y deliberado extensamente sobre los acontecimientos. Las opiniones eran contrarias, dramáticamente divididas.

Hermann, abatido por el alcohol, había dormido toda la noche; al despertar, con la cabeza todavía muy pesada, la boca pastosa, el labio espeso, los ojos turbios, sopló un rato sin memoria. Bruscamente se acordó de todo, y experimentó una impresión dolorosa. Recobró poco á poco su lucidez, sentóse sobre la cama y murmuró:

—¡Es verdad..., todo queda roto..., estamos en guerra!

Vistióse rápidamente y bajó de su cuarto ansioso á la idea de lo que iba á encontrar en su propia casa. Temía las violencias de sus hijos, sobre todo las de Herberto y de Gottlob.

En el momento de entrar en la sala común, vio salir violentamente de ella á Clorinda, llevando en brazos al pequeño Eitel que abría los ojos con más sorpresa que espanto.

Sus cuatro hijos fabricaban cartuchos con bala para la caza mayor. Era una contestación á sus preguntas íntimas. Sin embargo, aquellos jóvenes no parecían estar acordes. Herberto gritaba:

—¡Desconfiáis de mí, bien lo veo! ¡Yo os probaré..., sí, yo os probaré!..

La entrada de su padre cortó su frase.

—¿Qué hay?, dijo éste.

Exasperado todavía, el mayor replicó de un tirón: —Pues hay que esos tres chiquillos dudan de mis sentimientos, porque tengo por mujer á una francesa.

Suponen que no veo ni pienso más que por ella, y que, en tales condiciones soy sospechoso de cobardía.

—Pues, dijo Gottlob, nos fundamos en el pasado... Hace cinco años que quien gobierna aquí es Clorinda; ¿qué motivos hay para creer que esto va á cambiar?

—¡Yo lo afirmo, y basta! ¡Cuidado!, á fuerza de irritarme, iréis al encuentro de vuestras intenciones.

—¿Ves?, murmuró Otón.

—¡No veo nada! Soy tan buen alemán como vosotros, quizá mejor; y, en caso de fuerza, valgo yo solo tanto como vosotros tres.

Gottlob hizo un gesto de mal humor; Otón tocó á Guillermo con el codo, y Herberto continuó:

—Hace una hora que les repito mis verdaderas ideas; la prueba es que Clorinda se ha marchado cerrando las puertas con violencia...

Hermann habló:

—Vuestras maneras no me gustan. Anoche, hubo precipitación en el grito... La emoción..., la sorpresa..., y además el vino, ¿por qué no decirlo? ¿A qué tanto ruido y tantas amenazas de nuestra parte? Yo comprendería esto si Alemania fuese vencida y Francia victoriosa. Pero sucede todo lo contrario. Entonces, mostrémonos nobles y generosos. Regocijémonos del triunfo de nuestro país. ¿Pero á qué viene trastornar nuestras existencias y arriesgar nuestros pellejos en una querrela que no puede modificar los hechos consumados?

Una explosión de odio, rechiflas y gruñidos saludó esta peroración...

—¿De modo que todo lo que dijimos anoche son tonterías?, preguntó Gottlob, con el rostro encendido y apretando los puños. ¡Padre!., ¡padre!., ¡vos decáis!

—¡Gottlob!, exclamó Hermann con severidad, esforzándose en recuperar un jirón de aquella autoridad que sentía escapársele con los años, ¿Gottlob, así habla un hijo? ¡Cuidado!

—¿A qué?, contestó insolentemente el joven. ¿Vais á pegarme?

—Padre, repuso Otón, hay horas en que no es posible retroceder. Además, hace ya demasiado tiempo que esos malditos franceses nos tratan como á lacayos... No es la primera disputa que tenemos con ellos, ¿verdad? Los acontecimientos quieren que, esta vez, el mal sea irreparable; por consiguiente, aceptémosles tales como son.

Griffeld dió un resoplido, y, lógico consigo mismo, emitió lentamente palabras desatinadas.

—Esos franceses malditos, nos acogieron, hace treinta años, á Tecla y á mí, con una bondad grave; nos socorrieron, nos ayudaron, y creo yo que nos tuvieron verdadera amistad. No deberíamos olvidarnos de eso...

—Esperaba esa tonadilla, declaró Guillermo. De modo que, hasta la séptima generación, debemos estarles sumisos y soportarlo todo de ellos, hasta los torniscones y las coces, contestando: «¡Amén!» Padre, eso sería pagar demasiado caro un favor casual. Además, nosotros no queremos ser solidarios, y no debemos nada.

—¡Límpiate, mocosol, gritó el alemán furibundo. Eres estúpido con tu audacia y tu endiablado orgullo. ¡Te prohibo hablar en mi presencia! ¿Quién es aquí el amo? ¿He muerto acaso, ó me he vuelto loco? ¡No quiero guerra! Siento vuestras violencias de ayer. La Alemania no tiene necesidad de nosotros. Se basta á sí misma para su tarea. Está probado. No quiero bravatas que habrían de ocasionar muertes y ruinas... ¡Arriesgar mi hacienda!., ¡el porvenir de nuestra colonia!.. Los Bricogne están profundamente arraigados en el país... Se les estima, se les quiere... Nosotros somos los más nuevos. Toda la comarca se alzaría contra nosotros y nos veríamos reducidos á abandonar nuestra tierra, incendiando nuestros techos, nuestras mieses y nuestras barcas. Después de nosotros, cenizas y dúelos. Y sólo nos llevaremos, con algunos florines, el inmenso pesar de la pérdida del bosque. El que ha vivido siempre aquí, no puede vivir en ninguna otra parte. Esta es la verdad, la profecía exacta de lo que sucederá, si os obstináis en vuestras rencoras absurdas. Si no tenéis la edad de la razón, yo he pasado la edad de las locuras. Y os lo digo una y otra vez, no me prestaré á vuestros proyectos bárbaros.

Sus cuatro hijos habían retrocedido, y le miraban estupefactos. Nunca le habían visto manifestar su voluntad con energía tan elocuente.

Griffeld continuó con vibrante voz:

—¡Soy el padre, soy el jefe! No admito de todos vosotros más que la obediencia, sin altanerías ni murmullos. ¿Oís?

Entonces Tecla que se había colado en la sala con Clorinda que llevaba todavía á Eitel en brazos, se echó en los de su marido llorando.

—¡Bien!, dijo; ¡muy bien, Hermann! Dios te inspira... No les dejes realizar sus fieros designios. ¿Antes que Alemania y Francia, no somos dos naciones unidas? Los abuelos de Eitel no pueden batirse entre sí.

Desconcertados, humillados por su derrota moral, los muchachos volvían á la carga cada vez con más pasión, y todos los argumentos, todas las invectivas, hiriendo como balas, se cruzaban en medio de un tumulto, y de un pataleo de toros heridos.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!, clamaba Herberto; ¿qué son las familias ante las naciones?

Pero Clorinda, para ahogar su voz, le puso á su hijo en brazos. Y el gigante, vencido, se detuvo en su odio para sonreír al niño.

Con risa convulsiva, Gottlob señaló con el dedo esta escena á sus hermanos. Todos hicieron una mueca de desprecio, con rechinar de dientes, considerándose vencidos.

Cristina pronunció, no sin vacilación:

—Dígase ó hágase lo que se quiera, hay lazos entre nosotros y...

Guillermo la interrumpió bruscamente:

—¡Novia de Rolando, ten un poco más de pudor!

La muchacha se puso colorada y se calló, despechada. Carlota, que tenía mucho valor, recogió la injuria:

—¿Y qué? ¿Está prohibido amar? En todo caso, estaba permitido ayer. ¿Y tú mismo, fanfarrón, no le has hecho la corte á Judit?

—¿Yo?, ¿yo?, balbuceó el joven, desconcertado, buscando las palabras... ¡Pues bien..., no es verdad!.. ¡Además, se burló de mí!..

Gottlob extendió súbitamente la mano para reclamar silencio; habiéndolo obtenido, dijo con voz siniestramente tranquila y pausada:

—Bien; pero os advierto que, cuando existen dimensiones tan profundas entre parientes, se hace imposible continuar viviendo juntos, y que yo me marcharé de aquí.

Y añadió dirigiéndose á Otón y á Guillermo.

—¿Solo?

—¡No, replicaron simultáneamente los dos interpelados, con nosotros!

Hermann palideció y sus ojos vacilaron. Tecla, con un grito desgarrador, parecía agarrarse á sus hijos ya lejanos. Pero Clorinda extraviada, juntando las manos, replicaba en alta voz:

—¡Hermanos míos!, ¡hermanos míos! Desde que vivo con vosotros, hora por hora, día por día, ¿no he sido siempre una hermana cariñosa y complaciente? ¿Queréis mi muerte ahora? ¿Qué va á ser de mí entre unos y otros? ¿Por qué, con qué derecho queréis arrancarme mi familia, los viejos que lloran y los jóvenes que querrán vengarme?

—¡Cállate, francesa!, gritó Gottlob.

Ella se le acercó, le miró de frente y le lanzó esta única palabra:

—¡Bruto!

Él se encogió de hombros, y Clorinda añadió de un tirón:

—Puesto que soy francesa, si apuráis mi paciencia, seré yo la que me irá con mi hijo.

Otón intervino, salmodiando con acento burlón:

—«Dejarás á tu padre y á tu madre para seguir á tu esposo,» dice la Biblia. Y la Biblia tiene siempre razón.

Ella replicó en actitud y acento trágicos:

—¡Falso hermano!, ¡falso amigo!, ¡falso cura!, ¡tú calumnias á tu Dios!

Guillermo exclamó:

—Déjala decir... Cuando las balas silben entre los árboles y vengán á romper vuestros cristales, cambiaréis de cantar y quizá encontraréis á propósito responder. Eso no tardará. Entonces os convenceréis. Es la gracia que os desco.

A esta sugestión de una tregua momentánea, Hermann, como Jerónimo á la misma hora, se adhirió en seguida.

—Acepto eso. Si nos atacan, toda la razón—y todos los derechos—estarán de nuestra parte, y toda la culpa la tendrán ellos.

—¡En buena hora!, murmuró Gottlob; pero no importa, yo tengo mi idea.

Y añadió por lo bajo dirigiéndose á Otón y á Guillermo:

—Resignémonos, muchachos; esas mujeres gritan demasiado; pero no está vedado aplicar la mecha á la pólvora. Ya veremos.

—¡Al trabajo!, ordenó Griffeld con imperio... Eso os calmará los nervios.

Salió y escuchó largamente; á lo lejos, por la parte de la habitación francesa, en el silencio de los pinares, los golpes sordos de los destrales en actividad resonaban ya. Entonces llamó á sus hijos.

—¡Escuchad!, dijo en conclusión, *nuestros enemigos* cortan su madera como de costumbre.

Y añadió en un tono más conciliador:

—No, Gottlob, no piensan todavía en ametrallar nuestros muros.

—¡Veremos mañana!, murmuró entre dientes el intratable joven; ¡veremos mañana!

Decididamente, era verdad que tenía su idea.

Y allí, en el Asilo de los Bosques, como en la Casa Cerrada, los Griffeld como los Bricogne, vueltos al trabajo por la fuerza de la costumbre, maniobraron duramente, descargando su cólera sobre los mutilados troncos de los árboles.

Otra vez paternal y bonachón, Hermann estimulaba á sus hijos y á sus trabajadores.

Estos últimos, sin embargo, mostraban alguna inquietud. La mayor parte eran de raza alemana: sajones, hanoverianos, austriacos ó badenses. Los rumores de la casa y los traídos por gente de fuera, les había puesto al corriente de los sucesos. Además, el amo, por lo que pudiera ocurrir les había hecho armar. ¿Por qué razón? En los momentos de descanso, hablaban entre sí, en voz baja, sin atreverse á interrogar directamente á los amos.

Uno de ellos, llamado Catz, del Wurtemberg, bastante mal carado, iba de grupo en grupo, ampliando las noticias. Glorificaba crudamente á la Alemania aplastando á Francia, y su patriotismo, hasta entonces dormido, despertaba bruscamente en un transporte salvaje.

Peroraba con gestos cortos de amenaza insolente. Ora sus manos parecían blandir un arma imaginaria; ora parecían apretarle la garganta á su adversario estrangulándole lentamente. Y murmuraba:

—A los franceses, acá ó acullá, en todas partes, hay que sangrarlos á todos, estrangularlos, hacerlos picadillo.

—¿Qué te han hecho?, preguntó un leñador juicioso.

Catz vaciló un momento antes de contestar:

—¿Qué me han hecho? ¡Nada, está en la masa de la sangre!

No podía confesar el verdadero color de su pensamiento; confesar que con la guerra esperaba el pillaje; que la habitación de los Bricogne estaba llena, desde los sótanos hasta las bohardillas, de un bien que envidiaba; que codiciaba su oro, su plata, sus caballos y sus bueyes; y que se prometía provechos y gangas, el día en que, en nombre del rey de Prusia, pudiese entrar en ella.

Gottlob, interesado, le seguía con la vista. Era el hombre que necesitaba; y le aprobó con gesto al pasar por su lado. El otro cobró con ello nuevos ánimos, más ardimiento, más audacia, y levantó la voz en su mal discurso.

Entonces Hermann le oyó y le interrumpió bruscamente:

—¡Silencio, Catz! ¡Silencio! ¡Haya paz! Quiero paz de todas maneras.

El trabajador recibió la orden refunfuñando, y se calló; pero la sonrisa de Gottlob le daba confianza. Ellos dos se comprendían.

Al atardecer, disminuyó el esfuerzo. Se acercaron los carros para llevar la madera cortada. Y todo lo que se había verificado en la hacienda de Jerónimo Bricogne se verificó igualmente en aquella otra explotación copiada de la primera.

Las carretas cargadas se pusieron lentamente en movimiento, camino de los corrales. Al frente del convoy marchaban el padre y el hijo mayor; detrás, á cien pasos de distancia, seguían los tres menores, preocupados y silenciosos.

De pronto, Gottlob detuvo á Otón y á Guillermo, por la manga, murmurando:

—Dejémosles ir delante...

Y cuando las carretas se hallaron á cierta distancia, habló todavía en voz baja, con un resto de precaución.

—Oíd, dijo. Tengo mi plan..., un medio..., infalible de echarlo todo á perder. Inútil decir que nuestro padre y Herberto han de ignorarlo... Por más que diga, Herberto es afecto á los franceses, á causa de su Clorinda. Ella lo domina y lo llevará siempre adonde quiera. Pero nosotros tres vamos á obrar inmediatamente, esta noche misma, después de cenar. Vamos á divertirnos.

Detúvose y se echó á reír silenciosamente.

—¿De qué se trata?, preguntó Guillermo.

Gottlob le murmuró en voz baja una frase confusa que sólo ellos pudieron oír. Pero debía revelar una maquinación superior, algún proyecto verdaderamente genial, por cuanto los dos jóvenes á la vez no pudieron reprimir un grito de admiración.

—¡Bravo!

—¡Soberbio!

—¿Después de eso?..

—Es la guerra.

—¿Eh, muchachos?

—Sí, eres un hombre maravilloso.

Modestamente, él acogió los elogios con cloqueos de satisfacción y con ligeros movimientos de cabeza. Pero la voz de Griffeld resonó en las primeras tinieblas de la noche:

—¡Eh, vosotros!, ¿venís ó no?

Ellos apresuraron el paso, salieron del túnel de los bosques, y aparecieron en la linde. El padre, receloso, los miraba venir; sospechaba que los tres tunantes sin escrúpulos combinaban alguna picardía. Pero pasaron por delante de él con aires de inocencia, hablando tranquilamente en alta voz de la frescura de las tardes que anunciaba el invierno.

Sin embargo, aquellas apariencias no engañaron á Hermann.

—Habrà que vigilar, pensó. Mis peores enemigos los tengo en casa.

A fuer de hombre honrado, se inclinaba cada vez más á la conciliación.

En un rincón del patio, Gottlob, retrasado otra vez, llamó á Catz.

—¡Ven tú! Sé que eres patriota; oí tus palabras... Pues bien, obedéceme y no te quejarás.

—Todo por vosotros y por la Alemania, replicó el leñador atento. ¿En qué os puedo servir?

—Escucha, repuso Gottlob: mientras estemos cenando, cargarás una carreta de rama seca y la llevarás á la playa, donde se bailaba ayer. Yo iré a buscar allí más tarde. Es para una hoguera.

Catz, encantado, se rió frotándose las manos:

—Ya comprendo, dijo... Ni una palabra más. ¡Cumpliré el encargo!

—Cuento contigo, y me largo porque me vigilan.

Efectivamente, fué á reunirse con su familia en el comedor, y, de nuevo, Hermann le examinó sus ojos con una mirada de desconfianza; encogióse luego de hombros, sentóse á la mesa y cada cual le imitó.

Durante la cena, como en la habitación de los franceses, á la misma hora, pronunciáronse pocas palabras. Sabían que al menor choque la querrela se reproducía con nueva violencia; los unos estaban cansados y los otros tenían motivos para disimular sus secretos pensamientos.

Catz era el hombre de la selva; á fuerza de manejar el hacha, sus brazos se le habían vuelto nudosos como troncos; á fuerza de encorvarse sobre la sierra, sus rodillas se habían torcido como raíces. Paseaba en su espesa barba leonada pequeñas virutas y serrín.

Había adquirido del desierto el alma fríamante ferroz de las pieles-rojas; además su infancia no le había predestinado al ejercicio de las virtudes caritativas.

A los doce años, corría los virtuos canadienses, viviendo de raterías ó de oficios sin nombre, recogiendo más golpes que rebanadas de pan, subsistiendo en la única esperanza de vengarse cuando fuese hombre.

Su nombre era quizá un apodo merecido por sus instintos de pillería. No lo sabía á punto fijo. Sin embargo, solía referir que sus padres, que apenas había conocido y que le habían extraviado quizá en alguna noche de francachela, eran emigrados procedentes de Stuttgart con un fin mal definido. No les guardaba gratitud alguna, pero, según sus necesidades, hacía valer la nacionalidad alemana...

En realidad, no era más que uno de esos mil aventureros que habían caído sobre la Nueva Francia como las moscas de verano sobre las mesas de carne; buenos para todo, sin serlo para nada; á menudo valientes, siempre peligrosos.

Una oleada del destino le había arrojado á la Acadia, y se hizo contratar por Griffeld alegando su título de compatriota.

Hacia dos años que, cansado quizá de la vida errante y próximo á cumplir los cuarenta, trabajaba en la hacienda con bastante asiduidad y se confundía con los demás jornaleros. Hermann no se mostraba duro como amo; con él la vida era fácil. Catz parecía comprenderlo y empezar á tenerle apego á la tierra.

Sin embargo, siempre le bailaba en la cabeza la idea fija de un golpe de fortuna que le enriquecería de súbito. En espera de la realización de este sueño dorado, cada domingo, se encerraba para tomar una gran borrachera. Pero, el lunes por la mañana, era el primero en levantarse, y el primero dispuesto á reanudar el trabajo. Era hombre de temperamento.

Tan pronto como vió á los amos sentados á la mesa, se escurrió disimuladamente hacia las cuerdas, sacó un caballo y lo enganchó á una carreta que llenó de haces de rama.

Nadie le observaba; los criados, carreteros, vaqueros, cocineros, cenaban también, en su cantina, mezclados con los trabajadores.

Catz abrió la barrera, hizo pasar el carro, volvió á cerrarla y se fué por un camino cubierto. Entonces respiró; ya nada tenía que temer; se alejó sobre los musgos al trote silencioso del caballo, hostigado por el látigo.

Al olor de las manzanas sucedieron poco á poco los perfumes resinosos de los pinos y de los alerces, y luego los olores salitrosos de la playa sonora. Llegó y su caballo relinchó hacia el mar como en un jovial llamamiento.

Catz se apeó delante de la casa nueva, cuya llave se había llevado Beltrana la noche anterior. Descargó rápidamente sus haces de leña y los colocó simétricamente en torno de la habitación virgen. El viento soplabá con violencia del interior, y por este lado acumuló más rama que por los demás.

Detúvose luego y contempló su obra con satisfacción, con las manos metidas en los bolsillos. Entonces, como había terminado su tarea, sentóse en un tramo de la escalinata de madera, encendió su pipa y reflexionó.

Todo iba á pedir de boca; el porvenir se anunciaba lleno de buenas promesas. Había hecho bien en venir á este país, en incrustarse en él como los cangrejos en la arena; en esperar con paciencia. Pronto iba á presentarse la ocasión de vengar en sangre su infancia dolorosa, su juventud humillada; además, con un poco de destreza y de audacia, llegaba para él la hora de los beneficios inesperados; no tendría más que llegar y besar.

Entre los Bricogne y los Griffeld, á pesar de todo, iba á declararse una guerra pasional. Alemanes ó franceses, algunos obedecían á nobles sentimientos quizá desfigurados, pero estimables; á la voz del honor, al amor de la patria. Otros obedecían á bajos rencores. Pero, ni en uno ni en otro bando, nadie pensaba en sacar provecho de la inminente refriega.

Esta parte le correspondía de derecho á Catz por la simple razón de que él se la atribuía y era el único que la codiciaba. Hacía falta obrar con rapidez, elegir con cuidado, y desaparecer inmediatamente después. Un golpe de mano; un acto de filibusterismo, que no era ninguna novedad para él.

En fin, á los cuarenta años —¡ya era hora!— iba á poderse dar tono de rentista en los bars de Quebec ó de Nueva York.

Porque de los Bricogne se contaban cosas fabulosas. No era todo leyenda; algo de verdad debía haber; la mitad era suficiente para otros más ambiciosos que él.

Decíase que en los sótanos de la habitación francesa se ocultaban barriles llenos de oro, de monedas con las efigies de monarcas fallecidos desde hacía doscientos años; reserva de familia nunca mermada, siempre acrecentada por el ahorro de las generaciones sucesivas.

Aquellos barriles habían dormido largo tiempo bajo los escombros de la antigua casa, en el interior de las tierras, incendiada por los ingleses. De vuelta á la Acadia, lo primero que hizo un antepasado Bricogne, el abuelo de Beltrana fué desenterrar su tesoro. Empleó en esta operación tres noches, y la carga llenó cuatro carretas. Desde entonces, todo había seguido en el mismo estado.

Catz iría allí en derechura, mientras los demás se encarnizarían en la lucha. Con solos dos barriles, tenía hecha su fortuna. Y más tarde ¿quién sabe?, se podría volver y dar otro golpe.

Pero, de pipa en pipa, el tiempo pasaba y Catz nada veía llegar. Sintió una viva inquietud; ahora que iba á ser rico, se sentía menos valiente.

¿Qué hacía Gottlob? Tardaba demasiado. Si los Bricogne le sorprendiesen ante aquella hoguera preparada, su destino sería breve; una cuerda al cuello y la primer rama del primer sicomoro.

Estremecióse; palpó con los dedos su revólver en el cinto y fué á agazaparse en el hueco de un matorral.

Al fin oyó á lo lejos el galope sordo de tres caballos briosos; salió de su escondite y fué al encuentro de los que esperaba. Gottlob, Otón y Guillermo aparecieron, dirigiendo sus cabalgaduras por entre las altas hierbas de la pradera. Llegaron momentos después y se apearon junto á Catz.

—¿Está todo preparado?, preguntó el hermano mayor.

—Sí, todo, contestó en voz baja el obrero. No falta más que una chispa de eslabón en cada ángulo de la barraca.

—¡Adelante!, gritó Guillermo.

Otón recitó:

—Sansón, juez de Israel, ató antorchas encendidas á la cola de trescientas zorras y las soltó sobre las casas de los filisteos.

(Se continuará.)



LA CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS EN LAS COMARCAS ITALIANAS ALPINAS, dibujo de C. Pellegrini

Todos los pueblos, sin distinción de razas ni de religiones, profesan, en una ú otra forma, el culto á los muertos. La religión católica dedica á éstos especialmente la fiesta del 2 de noviembre, y en este día acuden á los cementerios los deudos de los difuntos á depositar sobre sus sepulcros flores y otras piadosas ofrendas.

Esta costumbre motiva en muchos países ceremonias típicas que, inspiradas en un mismo sentimiento, se revisten de aspectos diversos y algunos de ellos en extremo singulares.

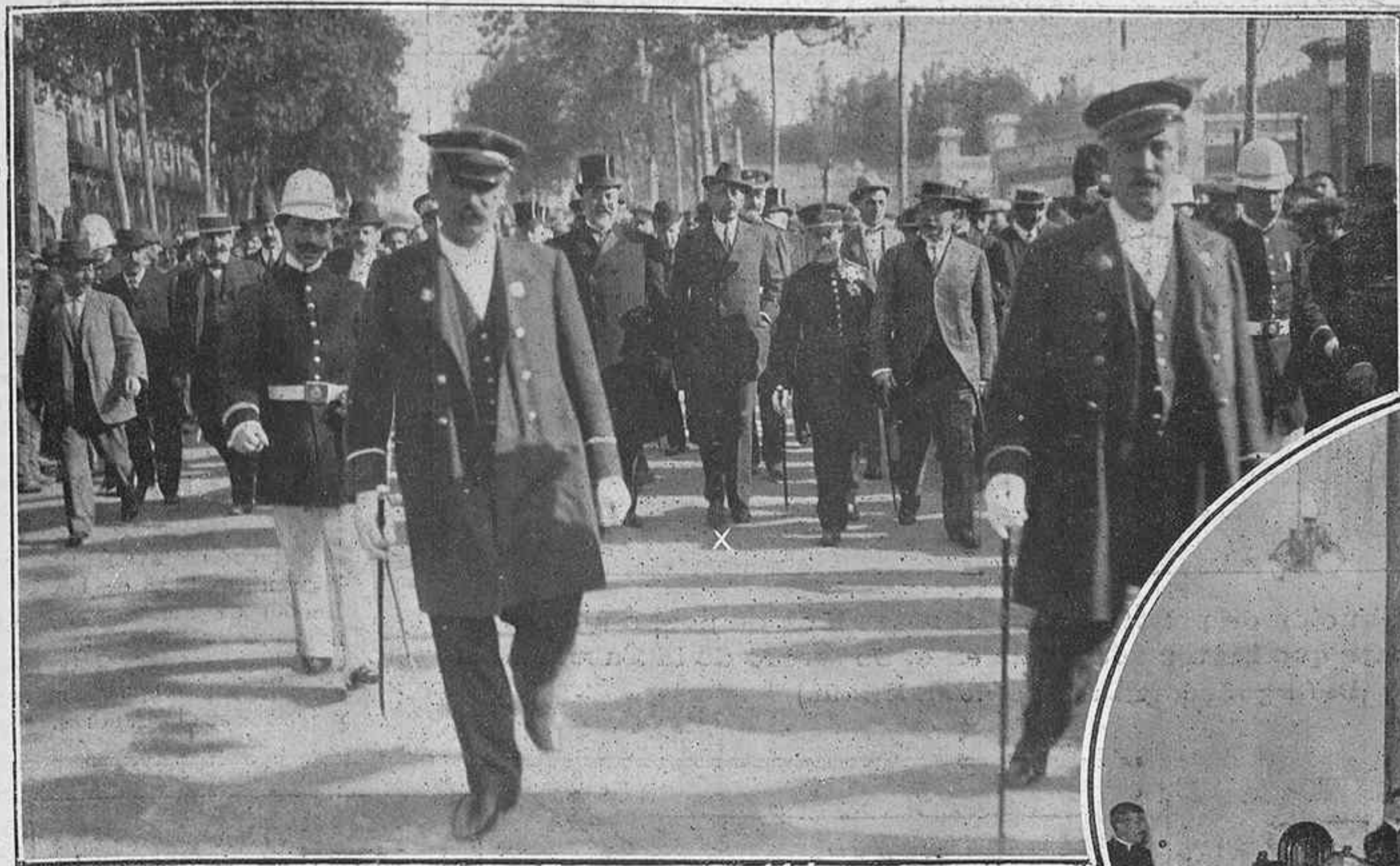
En las poblaciones montañosas de los Alpes italianos se permite, en tal día, á los mendigos situarse en las puertas de los cementerios y á lo largo de los caminos que á éstos conducen

é implorar con sus melancólicos cantos y con sus extrañas oraciones la caridad de los que se encaminan á la mansión de los muertos á rendir el tradicional tributo á los que fueron.

Es costumbre allí también que los que van á visitar los cementerios se adornen con las flores destinadas á los difuntos, y así se ve en los caminos, entre la abigarrada multitud de mendigos y vendedores de cirios, de flores y de lámparas votivas, á todos aquellos buenos montañeses encaminarse lentamente hacia las necrópolis llevando á modo de collares las coronas que más tarde colocarán sobre las tumbas en donde reposan los restos de sus seres queridos.

SANATORIO PARA TUBERCULOSOS

Fundado por varios filántropos y sobre la base del mutualismo, se ha construido cerca de Olost, en las estribaciones del Pirineo catalán, un sanatorio que se inauguró en mayo último y que está destinado á obreros pretuberculosos y tuberculosos. El sanatorio constará de tres naves, de las cuales una está completamente terminada y otra á punto de terminarse; estas dos naves podrán contener sesenta camas. Así por su situación excelente, como por sus condiciones higiénicas y por el tratamiento á que en él se somete á los enfermos, el Sanatorio de Santa María de Olost de Llusanés puede competir con los de



Barcelona.—Llegada del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación (x)

EL MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN EN BARCELONA

Con objeto principalmente de presidir la sesión de clausura del Congreso de la Tuberculosis llegó á esta ciudad, el día 22 de este mes, el ministro de la Gobernación Excmo. señor D. Fernando Merino, conde de Sagasta, siendo recibido en la estación por todas las autoridades, elementos oficiales, corporaciones y numerosos particulares.

Apenas llegado, efectuóse la recepción en el Gobierno Civil, en donde se ha hospedado, y por la tarde asistió á la referida sesión de clausura, que se efectuó en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina. Ocupó la presidencia el Sr. Merino, teniendo á sus lados á las au-



Sesión de clausura del Congreso de la Tuberculosis presidida por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

su clase del extranjero. Actualmente hay en él 16 enfermos, que han mejorado considerablemente desde que están allí instalados.

El día 24 del actual fué visitado el establecimiento por una comisión de médicos que habían figurado en el Congreso de la Tuberculosis y por una representación de la prensa, mereciendo de todos ellos los más calurosos elogios así la Junta de Patronato que preside el señor Rovira como el cuerpo médico, constituido por los doctores Girona, Clará y Moré.



El Sanatorio de Santa María de Olost de Llusanés para tuberculosos

toridades, al presidente del Congreso y á la presidenta del Comité de Damas, y después de leídas por el secretario las conclusiones aprobadas y la lista de los trabajos premiados, pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Rodríguez Méndez, el alcalde Sr. Roig y Bergadá y el ministro. Por la noche, asistió éste al concierto que se dió en el Palacio de Bellas Artes en honor de los congresistas.

Durante su estancia en Barcelona, el Sr. Merino ha visitado el puerto, la Universidad Industrial y algunos otros establecimientos, ha efectuado un viaje á Sabadell para tomar datos sobre la huelga que desde hace tiempo hay en aquella ciudad y ha celebrado varias conferencias con patronos y obreros para buscar una solución, no sólo á aquella huelga, sino también á la de los metalúrgicos de esta capital.



Grupo de enfermos y de médicos y periodistas que visitaron el Sanatorio el día 24 del actual. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Agua mineral natural **TONA ROQUETA**

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE DUSSE, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PREMIOS

A LAS MADRES POBRES

El Comité de Damas presidido por D.^a Leonor Canalejas de Farga que ha tomado parte en el Congreso de la Tuberculosis recientemente celebrado en esta ciudad, acordó destinar la cantidad que se había recaudado para un banquete á las presidentas de los comités locales, á premios para las madres pobres que presentasen á sus hijos, en el período de lactancia, más robustos, más limpios y mejor cuidados.

La distribución efectuóse en la tarde del 21 en el anfiteatro de la Facultad de Medicina ante numerosa y escogida concurrencia, constituyendo la mesa las señoras Casanovas, Méndez de la Torre, Ruiz de Rodríguez Méndez, Aldama de Fernández, Quer de Font, Lozano, Canalejas de Farga y señorita Antich.



Barcelona.—Distribución de premios á madres de niños de pecho pobres por el Comité de Damas que ha tomado parte en el Congreso de la Tuberculosis (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

Fueron premiadas las madres de los niños: Teresa Guichoán (seis meses), Vicente Gijón (tres meses) y María Alvarez (dos meses), con cincuenta pesetas; los gemelos José y Serafina Rueda (treinta y cinco días), Mercedes Carceller (tres meses), Santiago Coll (siete meses), Anita Suzar (tres meses), Vicente Espallargas (diez meses), Luis Royo (seis meses) y Antonio Dubé (ocho meses), con veinticinco pesetas; Juan Pueyo (dos meses), Miguel Vives (ocho meses) y Diego Miñana (cuatro meses), con veinte pesetas; Paquita Lorente (cuatro meses), con quince pesetas, y Ramón Inesta (cinco meses), con doce pesetas.

El jurado estuvo formado por las señoras Sals de Llavería y Leonor de Montserrat y la señorita Soler Alberola.

Fue una fiesta sumamente simpática por la que merecen plácemes sus iniciadoras.

ESTE LIBRO ES GRATIS

Los secretos del Hipnotismo y Magnetismo personal, que hasta ahora habían sido guardados con el mayor sigilo, han sido al fin revelados

El New-York Institute of Science, de Rochester, N. Y., E. U. de A., ha publicado un notabilísimo tratado sobre el hipnotismo, el magnetismo personal, la cura magnética, y el «Nuevo Pensamiento.» Sin disputa alguna, este tratado es el más maravilloso y comprensible que de su clase se ha publicado. Los directores han acordado distribuir mil ejemplares del libro gratis, á las personas que se interesen sinceramente en esa maravillosa ciencia, con el objeto de que sirva de anuncio á la Institución. El libro ha sido escrito por el eminente Dr. X. La Motte Sage, A. M., Ph. D., LL. D., el hombre de ciencia más connotado del mundo; usted puede ahora aprender las leyes secretas del



hipnotismo y magnetismo personal, así como el dominio sobre sí mismo, y obtener un desarrollo más elevado de la fuerza de voluntad en su propia casa. Este libro revela completamente los principios fundamentales del éxito é influencia en todas las condiciones de la vida; explica los métodos secretos del dominio del entendimiento que hasta ahora no se habían divulgado.

Usted puede instantáneamente hipnotizar á una persona con sólo una mirada, sin que ella se dé cuenta, y ejercer una poderosa influencia sobre ella, que hará que haga lo que usted desee; usted puede desarrollar hasta un grado maravilloso el talento para la música, el drama ó el arte; usted puede vigorizar su memoria y aumentar las oportunidades para el éxito, cien veces; usted puede dar sesiones de misteriosas representaciones hipnóticas; usted puede lograr el amor ó la amistad de la persona que desee; usted puede protegerse contra la influencia perniciosa de los demás; en fin, usted puede obtener gran éxito financiero y ser una palanca de gran fuerza en la localidad donde reside. The New York Institute of Science garantiza que enseña á usted el secreto para obtener todo eso; es el Instituto de educación más grande y de mayor éxito de su clase en el mundo. Ha sido autorizado por virtud de las leyes del Estado, y cuenta con amplio capital, y cumple fielmente todas sus promesas. Si usted desea obtener un ejemplar gratis de ese maravilloso libro y aprender la fuerza secreta por medio de la cual se puede fascinar, influir y dominar el entendimiento humano, sírvase enviar su nombre y señas, sin dinero alguno, sea por tarjeta postal de 10 céntimos, ó con carta franqueada con 25 céntimos, al New-York Institute of Science, Dept. 128, A F, Rochester, N. Y. (E. U. de A.), y entonces recibirá usted gratis el folleto á vuelta de correo.

ANEMIA + CLOROSIS
 APROBACION de la ACADEMIA
 de MEDICINA de PARÍS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
 de París (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
 EXÍJANSE LA FIRMA Y EL
 RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
 Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
 DESCONFIESE
 de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

POR EL ILMO. SR. DOCTOR

D. VICENTE DE LA FUENTE

Ilustrada con 22 bellísimas cromolitografías y 15 láminas grabadas en madera entresacadas de la soberbia colección que dibujó para la *Sagrada Biblia* el eminente Gustavo Doré

Entre las cromolitografías que ilustran el segundo tomo, figuran varias con la reproducción exacta de las sagradas imágenes de *Nuestra Señora de Monserrat*, de la *del Pilar de Zaragoza*, de la de los *Desamparados de Valencia*, y otras muchas de preferente devoción en las comarcas españolas.

Dos tomos en folio ricamente encuadernados, al precio de 100 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN.—EDITORES

HISTORIA NATURAL

NUEVA EDICION

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA É ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

DIVISION DE LA OBRA

ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinart, corregida y ampliada con nuevos datos etnográficos tomados de la obra del profesor F. Ratzel y otros. — 1 tomo.

ZOOLOGÍA, por el Dr. C. Claus, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena, traducida por el Dr. D. Luis de Güngora, de la quinta edición alemana. — 6 tomos. A fin de que el público comprenda la importancia de esta obra, sólo diremos que de ella se han hecho NUEVE ediciones en alemán, y que ha sido traducida al FRANCÉS, al INGLÉS, al RUSO y al ITALIANO.

BOTÁNICA, con inclusión de la GEOGRA.

FÍA BOTÁNICA, por Odón de Buen, profusamente ilustrada.

MINERALOGÍA, por el Dr. Gustavo Ischermak, catedrático de la Universidad de Viena. Traducción anotada por D. Francisco Quiroga, catedrático de la Universidad Central.

GEOLOGÍA, por Archibaldo Geikie, Ll. D., F. R. S., director general de la comisión geológica de Irlanda y de la de Escocia, y del Museo de Geología práctica de Londres. Traducción anotada con interesantes datos españoles por D. Salvador Calderón, catedrático de la Universidad Central.

Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su genero han visto la luz en Europa, ilustrada con miles de preciosos grabados que representan fielmente la mayor parte de las especies de los tres reinos de la naturaleza, y con una colección de magníficas cromolitografías. — 13 tomos, elegantemente encuadernados con canto dorado. Se vende al precio de 5 pesetas uno.

Montaner y Simón, editores.—BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

El más activo y económico. el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores.— Calle de Aragón, núm. 255, Barcelona